

REVISTA LITERARIA KATHARSIS

Opiniones

Fernando Savater



Digitalizado por Katharsis
[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

ÍNDICE

1. El mayor tesoro
2. El arte del articulista.
3. Ni tanto, ni tan poco.
4. Ciudadanos al rescate.
5. Reforzar la ciudadanía.
6. Contra la ignorancia.
7. Eduquemos mejor.
8. El crimen de no educar.
9. Lo literariamente incorrecto.
10. El milagro eterno de la literatura.
11. El verano de Sauron.
12. Mi primer editor.
13. Mundo juvenil.
14. Metafísica gastronómica.
15. El jinete novelista.
16. Donde galopa el corazón.
17. Impunidad a la vasca.
18. ¿Progresará el progresismo?
19. Ser de izquierdas.
20. Franco en el Caribe.
21. Evitar el regreso a la nada.
22. El siglo del perro.
23. La nave de los locos.
24. Acerca de la pena de muerte.

25. La famosa sabiduría oriental.
26. El oficio de la libertad.
27. Atención con los distraídos.
28. Los hijos de Quirón.
29. La dama olvidada.
30. Un juez en su sano juicio.
31. El rey de la paradoja.
32. La imaginación como libertad.
33. Méritos de un escritor polémico.
34. La pedagogía del susto.
35. Otros caballos de mar.
36. La enfermedad del mundo.
37. El susto de los niños.

El mayor tesoro

No hay riqueza más democrática que la palabra, y una manera de embriagarse con ellas es a través de los diccionarios. Con esta reflexión, el filósofo y escritor español Fernando Savater se incorpora a partir de este número como columnista de VIVA.

Hace un momento me sentía yo el hombre más rico del mundo, mientras me tambaleaba bajo el peso considerable de un enorme tesoro apretado contra mi pecho. Ahora reposa a mi lado, en una estantería al alcance de la mano, y me dispongo a regodearme voluptuosamente con tanta riqueza. No se preocupen: sin remedio habré de compartirla con ustedes en estas páginas volanderas. Porque la fortuna que acabo de conseguir no disminuye al repartirse, sino que aumenta. A la espera de ser derrochada fructuosamente, cabe en dos copiosos volúmenes, el uno de lomo azul y el otro rojo: el *Diccionario del español actual* de Manuel Seco, Olimpia Andres y Gabino Ramos, recién editado por Aguilar.

¿Puede haber algo más enriquecedor que un buen diccionario? Los avaros consecuentes quisiéramos tenerlos todos, desde el filosófico *Robert* de los franceses o el insuperable *Oxford* inglés hasta nuestro entrañable y dignísimo *Maria Moliner*. ¡Ahi es nada, ser dueño de las palabras bien definidas, de la selva apasionante de todos los giros y expresiones, de las voces que vienen del alma, de la industria, de la contienda política o del juego erótico! No hay

diccionario en que quepan todos los matices verbales porque crecen constantemente y se fecundan unos a otros de modo que nunca tendremos diccionarios suficientes y la concupiscencia del amable locuaz reclama siempre otro y otro más. ¡Bienaventurados los que consigan mejores diccionarios, porque ellos podrán llamar a todas las cosas por su propio nombre!

De cuanto precisamos para vivir, nada nos es ni de lejos tan necesario como las palabras. El fuego es útil cuando hace frío o está oscuro, la comida cuando tenemos hambre, las armas en caso de caza o guerra, el dinero para comerciar, la ropa para abrigarnos y darnos ocasión de lucimiento... Pero no hay momento de la vida, alegre o triste, plácido o feroz, en que podamos prescindir por completo de cualquier símbolo verbal. Incluso cuando guardamos silencio o estamos solos, las palabras siguen resonando dentro de nosotros: no sólo son el instrumento para comunicarnos con los otros sino sobre todo el medio de explicarnos la vida a nosotros mismos.

Por eso maravilla que tantos envidien los electrodomésticos o el automóvil de su vecino y se sientan desdichados porque carecen del último artilugio publicitado, mientras se conforman con seiscientas o setecientas palabras para tapizar su conciencia. ¡Con tan modestísimo bagaje pretenden dar cuenta y darse cuenta de cuanto anhelan, de cuanto padecen y de cuanto temen! Parece no importarles ser míseros en lo que más cuenta, con tal de poder tener llenas las alacenas y el garaje. Las palabras les resultan demasiado baratas como para hacerse cargo de que son verdaderamente preciosas.

Seguro que si costaran muchos dólares y sólo los potentados tuvieran recursos para permitirse las más bonitas, nadie sería más envidiado que los afortunados dueños de "translúcido"o"corazón"...

Por ahora, son de todos. Y es precisamente esta condición esencialmente democrática del idioma la que sustenta el método seguido por Manuel Seco y sus colaboradores en la composición de su admirable trabajo. Cada voz está ilustrada por una o más citas, tomadas en ocasiones de grandes escritores pero también de entrevistas con deportistas o financieros, revistas profesionales, hojas parroquiales y cualquier otro medio en el que se recoja la vitalidad verbal de la sociedad. Entre tanteos, errores y aciertos geniales, la lengua es algo que hacemos todos juntos desde hace mucho tiempo. Siempre esta en marcha, contra puristas y pedantes. Emerson señaló que cualquier lenguaje es poesía fósil; le faltó añadir que es también el camino por el que se llega, jugosa y vivaz, a la poesía de mañana.

El arte del articulista.

El filósofo español entiende que las notas que salen en los periódicos rara vez alcanzan otro destino que el de papel reciclado y que están hechas para vivir un día. Pero a la vez repasa autores y artículos que concentran estilo y sabiduría.

En cierto apartado del Tao-te-king se dan consejos acerca de como hacer política y se compara este menester con el arte de freír pescados pequeñitos: es preciso que el fuego no sea tan vivo que los achicharre ni tan tenue que se queden medio crudos. A mi juicio, el

secreto de escribir buenos artículos también consiste en un equilibrio parecido. A las ideas hay que tratarlas como pececillos: si las cocinas demasiado terminan carbonizadas e indigestas; si sólo las insinúas, el lector se queda con las ganas de averiguar qué es realmente lo que pretendías decir.

Una de las realidades fundamentales sobre los periódicos pertenece a la escuela de Perogrullo: se llaman diarios porque aparecen todos los días. Ningún artículo, por bueno o acertado que sea, sobrevive mucho más allá del día en que sale impreso. Por lo menos, no es sano que quien lo escribe crea que está acuñando un dictámen para los siglos venideros sino que debe contentarse con dirigirse a quienes comparten con él la luz de ese mismo amanecer. Esto es una dificultad añadida para los aprendices de filósofo que escribimos en la prensa, porque todos soñamos con arengar a las edades venideras. Pero los artículos de periódico no se inscriben en bronce perenne, sino en el transitorio y reciclable papel. Tratan no del ser sino del pasar, como hubiera dicho Montaigne (que podría haber sido también un excelente columnista si no hubiera nacido demasiado pronto).

José Bergamín llamó a una serie de colaboraciones suyas periodísticas *Las cosas que no pasan*. El arte del articulista con cierta aspiración a profundizar en sus temas consiste en hablar de lo que pasa... como si no fuera a pasar. Es todo un reto, alegre y difícil a la vez. Uno lo intenta día tras día y lo consigue unas cuantas veces. Pero siempre se malogra cuando te crees que un artículo es capaz de salvar o condenar al mundo. No, el mejor de los artículos, el verdadero buen artículo no es más que un artículo. Nada más... ni nada menos.

¿ Quienes son los mejores articulistas de periódico que he tenido el gusto y el provecho de leer? Es inevitable comenzar por Mariano José de Larra, que no solo hizo sátira de los usos de su época sino algo parecido a una metafísica irónica de las costumbres: convierte sus caricaturas en bocetos del destino humano, como también logró Cervantes.

Larra me reconcilia con la apagada literatura española del siglo XIX. Los artículos de Borges para *Sur* o los aún más humildes en apariencia para la revista *El Hogar* son micromonumentos perfectos a la página volandera que la actualidad arrastra. Comenta una lectura, una moda o un prejuicio con un toque ligero y hondo que resulta irresistible: Borges es uno de los pocos articulistas que hacen disfrutar aún más cuando se está en desacuerdo con él que cuando expresa la opinión que compartimos... Y desde luego -¿por encima de todos?- adoro al Chesterton periodista. Sus artículos son estrictamente mágicos: nada por aquí, nada por allá y de pronto brota una brevísima teoría sobre lo que sea en la cual se concentra más pensamiento y más sabiduría que en cualquiera de los pesados volúmenes filosóficos escritos por algunos de mis colegas académicos. El título mismo de una de sus recopilaciones de artículos demuestra lo bien que Chesterton comprendía en qué consiste la genialidad del género: *Enormes minucias*.

Larra, Borges y Chesterton y también ilustres predecesores como Montaigne o Voltaire. Suelo recordarles cuando algún asno solemne de los que tanto abundan y tanta veneración concitan desdeña la página perfecta y frágil que él no sería capaz de escribir diciendo: "¡Bah, eso es periodismo!". Desconocen que la tarea humana, al menos desde que la modernidad jubiló las *Summas* poco o mucho teológicas, ha consistido fundamentalmente en leer los periódicos. Ahora también esa ocupación parece que va a ser arrumbada, por obra de Internet y sus chats. ¿ Seguirá habiendo buenos artículos en la nueva era digital? En cualquier caso, algunos ya no sabremos ni querremos prescindir de ellos: cuando sea la hora aciaga,

que me entierren envuelto en las hojas de opinión. Después de todo, como cualquier artículo, yo también dure solo la brevedad de un día...

Ni tanto, ni tan poco

¿**Los animales tienen derechos?**, se pregunta el filósofo español. Para Savater, muchas veces se confunden intereses con derechos, sin que esto signifique que cualquier comportamiento hacia los animales pueda ser igualmente aceptable.

En el sugestivo debate sobre si los animales tienen derechos y están incluidos en el ámbito de nuestras obligaciones morales suele suscitarse un malentendido básico: el de creer que quienes respondemos negativamente a estas dos preguntas somos indiferentes a cualquier trato que den los humanos a otros seres vivos. Y no es así, al menos en todos los casos. Considero racionalmente piadoso y civilizado reflexionar sobre nuestra relación con los demás animales y creo que hay que agradecerles su llamada de atención a quienes desde hace más de treinta años vienen sucediéndose en el planteamiento de este tema (Brigid Brophy, Peter Singer, Tom Regan, Richard Ryder y, en España, Jesús Mosterín) aunque no comparta su enfoque "moral" de la cuestión. Porque hay que proteger de abusos al resto de las criaturas del Señor, pero también a los derechos bien llamados humanos y a la ética.

Empecemos por esta última. Las normas morales no se limitan a aconsejar ciertas pautas de comportamiento (limpiarse los dientes después de comer, no pisotear los canteros de flores, etc..) sino que establecen (o asumen) un vínculo incondicional entre los seres humanos, que los reconoce efectivamente como tales, es decir: dotados de lenguaje y de razón, conscientes de su mortalidad, capaces de hacer distintos proyectos de vida. En una palabra, la ética sólo tiene sentido como constatación práctica de la comunidad moral humana, basada en el intercambio de argumentos y la genérica reciprocidad complementaria entre deberes y obligaciones.

Me parece que se da una confusión entre *intereses* (que en efecto tiene cualquier animal superior) y *derechos* (que son la protección simbólica de ciertos intereses frente a otros por la comunidad moral). Sólo pueden tener derechos -inseparables de obligaciones- los sujetos capaces de controlar y parcialmente suspender por razones simbólicas la urgencia instintiva de sus disposiciones biológicas. En el caso de los animales irracionales, el interés más fuerte prevalece necesariamente incluso comprometiendo a veces la supervivencia individual, tal como le explicó el escorpión a la rana al picarle mientras cruzaban el río, condenándose así ambos: "Lo siento, es mi carácter". Y la rana, si hubiese leído a Singer o Mosterín pensaría: "¡No hay derecho!".

Pero esto no quiere decir que cualquier comportamiento hacia los animales sea igualmente aceptable. Ya Santo Tomás condenaba la crueldad contra los animales como preludeo de la perversidad contra los humanos. Y es que más allá de la ética (y más acá, pues es una disposición intelectual previa y de mayor alcance) esta la piedad, que reconoce nuestra fragilidad y dependencia del doloroso azar compartida con el resto de los seres. Así como el respeto temeroso ante el aparecer y desaparecer de la vida. La piedad es algo así como un compañerismo de la existencia, distinto pero probablemente inseparable del compañerismo

de la humanidad que trata de explicitar la ética. De modo que parece razonable preocuparnos por nuestras relaciones con el resto de los seres naturales, redefiniendo quizás el trato con los animales de acuerdo con su estatuto para nosotros: no son lo mismo los grandes simios (cuyas características antropomórficas no desmienten sino que confirman el antropocentrismo de la comunidad moral), que los animales domésticos (criados para compañía, trabajo, alimentación o juego), el resto de las bestias salvajes o los infusorios. Es civilizado extremar nuestros miramientos circunstanciales hacia ellos, lo cual no equivale a conferirles derechos o asimilarles moralmente a los humanos.

El lado espiritualmente bueno de las reclamaciones que hacen los defensores de los derechos de los animales (como del ecologismo profundo en general) es despertar de nuevo un sentimiento de piedad laico. En la práctica, el lado malo es potenciar el abusivo y castrador predominio del *humanitarismo* sobre el *humanismo*, que caracterizan social y políticamente a nuestra época. Y ello puede ser nefasto no sólo para la comunidad moral humana, sino para los propios animales, éticamente antropomorfizados a la fuerza. Ya se lo advirtió el lobo de Gubbia al santo de Asís, harto de las familiaridades que con él se tomaba el divino varón: "Hermano Francisco, no te acerques mucho..."

Ciudadanos al rescate

Uno de los males de esta época, dice Savater, es creer que dando dinero nos liberamos de nuestras obligaciones cívicas o de nuestra solidaridad humana. Por eso apela a fomentar el orgullo de ser personas capaces de dar mucho más para ser más.

Hace unas semanas no se habló de otra cosa: un ciudadano anónimo (y que continúa en el anonimato, a pesar de las indiscreciones de cierta prensa que arde en deseos de hacerse con la primicia de vocear su nombre) colaboró decisivamente en la detención del comando Madrid de ETA. Siguió a los terroristas que acababan de colocar un coche bomba -el cual produjo numerosos heridos y destrozos aunque afortunadamente ninguna muerte- y desde su teléfono móvil alertó a la policía del itinerario de los huidos, hasta que fueron capturados. No cabe duda de que arriesgó su pellejo, lo cual ya sabemos que es cosa meritoria. Pero el heroísmo ocasional, digamos que en caliente, no es tan raro como la gente cree, aunque desde luego mucho menos frecuente de lo que a todos nos gustaría. Lo que a mí me parece más notable del gesto de este caballero es su propia explicación de lo sucedido, según queda expuesta en el comunicado que también anónimamente envió al día siguiente a los medios de comunicación... supongo que en parte para que le dejasen en paz.

En esa breve nota, el insólito ciudadano reconoce que se sintió concernido por lo que ocurría, es decir pensó que no se trataba de un problema de otros -aunque fuesen otros los que más directamente lo estaban padeciendo- sino algo que también tenía que ver sin duda con él mismo como miembro consciente y activo de una colectividad. En una palabra, decidió que un ciudadano no es nunca simplemente "alguien que pasa por ahí" -como esos extras que forman las multitudes ficticias en las películas o pasean una lanza por el fondo del escenario en las obras de teatro- sino un posible protagonista, aunque sea accidental, del

drama o la comedia social que representamos entre todos. Un sujeto del derecho compartido, no mero objeto de normas y reglamentos.

No crean que el ejemplo de ese espontáneo ha merecido sólo parabienes. Por supuesto, nadie ha dejado de labios para afuera de elogiar su arrojo, pero tampoco han faltado algunos de los habituales tontilocos con derecho a columna periodística o espacio radiofónico a la hora de señalar que si la policía estuviese siempre allí donde va a haber un atentado o la cosa gubernamental fuese omnisapiente y perfecta, no harían falta tales arriesgados voluntarios. Estos supuestos representantes del progreso resultan otra vez -¿cuantas van ya?- los más retrogradados del cumpleaños. Porque precisamente lo único que resulta evidente de las sociedades democráticas cuando afrontan el nuevo siglo, si queremos vernos libres del agobio de una castradora tutela estatal, es que los mejores ciudadanos serán aquellos capaces de intervenir y colaborar con las instituciones donde haga falta su ayuda sin refugiarse en el cómodo infantilismo de "que se ocupen de todo las autoridades, pues yo pago mis impuestos para estar tranquilo y despreocupado".

Uno de los males de esta época apasionante y timorata es la tendencia a creer que dando dinero nos liberamos ya de nuestras obligaciones cívicas o de nuestra solidaridad humana: pagan los padres por despreocuparse de la educación de sus hijos, pagan los ciudadanos para que los políticos resuelvan por sí solos los problemas, enviamos un cheque a una ONG para que alguien ponga fin con su esfuerzo personal a los males de este mundo y nosotros salvemos a la vez nuestra comodidad y nuestra buena conciencia. Exigimos que todo vaya bien y que nadie reclame más que nuestra contribución económica para lograrlo: queremos ser comparsas que paseen sin riesgo y sin mérito la lanza pero rehusamos utilizarla voluntariosamente cuando el dragón aparece en nuestra vecindad.

Y ni en las escuelas ni en los medios de comunicación se nos dice claramente la verdad, sencilla, gloriosa e incómoda: que ser ciudadano de una democracia (perdonen la redundancia, pues fuera de las democracias no hay ciudadanía sino mero vasallaje) implica entre otras la paradójica obligación de ser a veces... voluntario. Habría que fomentar el orgullo de ser personas, personas libres, personas conscientes de que sólo se desarrolla la personalidad propia en la complicidad activa con las ajenas. Personas capaces de dar mucho para ser más, rebelándose contra el papel de simples pensionistas de lo colectivo, llenos de quejas y faltos de iniciativas.

Estamos terminando el Año Internacional del Voluntariado. Esperemos que no haya significado, como tantas otras veces, la mera celebración retórica de los comúnmente desatendidos. Ojalá suponga un banderín de enganche.

Reforzar la ciudadanía

Aliviar la situación de los desfavorecidos es un signo distintivo de las democracias para posibilitar su participación como ciudadanos, opina Savater. Por eso propone profundizar la idea de un subsidio para los más necesitados.

Como no creo que el futuro esté ya escrito y sea por lo tanto inamovible, la tarea de adivinar o de profetizar el porvenir me resulta totalmente ajena. Lo único que sé con certeza es que el mañana estará hecho de la conjunción entre las elecciones libres de los seres humanos y el azar (es decir, los acontecimientos imprevisibles), exactamente lo mismo que el ayer. Tampoco me parece estimulante el empeño melancólico de señalar cuáles son las líneas más probables que seguirá el desarrollo de nuestras sociedades, porque tales augurios supuestamente científicos no suelen tener más base que el pesimismo instintivo -"piensa mal y acertarás"- o la fe en alguna de las ilusiones tecnodemocráticas de nuestra hora. En cambio podría no estar mal que hablásemos de lo posible, por difícil o improbable que hoy parezca su consecución. Porque realizar lo posible depende en gran medida de que eficazmente lo deseemos, y para desear algo poniendo en práctica los medios de conseguirlo es imprescindible llegar a imaginarlo antes. No hablo de una imaginación "utópica", frente a la que tengo serias reservas históricamente fundadas, sino de una imaginación al servicio de nuestros ideales.

Quizás el ideal social que hoy me parece más importante es el de la ciudadanía. Entiendo por ciudadano el miembro consciente y activo de una sociedad democrática: aquel que conoce sus derechos individuales y sus deberes públicos, por lo que no renuncia a su intervención en la gestión política de la comunidad que le concierne ni delega automáticamente todas las obligaciones que esta impone en manos de los "especialistas en dirigir". Desde luego, la formación de ciudadanos responsables tiene una importante base educativa, es decir, una formación intelectual en los valores compartidos y en los hábitos del pensamiento crítico racional (que incluyen tanto la capacidad de persuadir argumentalmente como la de ser persuadido por argumentos, excluyendo por tanto el fanatismo de principios absolutos a priori), según he tratado de explicar en alguno de mis libros. Pero, aun siendo muy importante, la educación no puede servir por sí sola para cimentar una auténtica ciudadanía democrática.

Se necesita también una determinada base económica que garantice la autonomía efectiva de cada uno de los socios de la comunidad. La miseria total, la desposesión completa de los medios de subsistencia, incluso la precariedad abusiva de los medios para conseguirla, excluyen a los por ellas afectados de cualquier participación ciudadana que no sea mera burla o remedo servil. Es signo distintivo de todas las democracias, empezando desde luego por la ateniense, el preocuparse de uno u otro modo por aliviar la condición de los desfavorecidos para posibilitar su participación cívica.

Si no me equivoco fue Tom Paine, el valiente autor de *Los derechos del hombre*, quien ya en 1792 teorizó por primera vez en la modernidad sobre la urgencia de garantizar una serie de ayudas a grupos o situaciones sociales económicamente comprometidas, entendiendo tal apoyo social no como un mero subsidio a la indigencia sino como un auténtico derecho de los ciudadanos. Creo que esta es la idea que hoy tendríamos que recuperar y profundizar decididamente.

En la sociedad tecnológicamente hiperdesarrollada en la que hoy vivimos, donde los instrumentos automáticos han sustituido ventajosamente a tantos puestos de trabajo, vivimos presas de un círculo infernal: el liberalismo aboga por una cada vez mayor desregulación de la legislación laboral que aumenta el nivel de pobreza real existente y excluye a una creciente cantidad de individuos de la protección social, mientras que la socialdemocracia sólo acierta a promover leyes que frenan la iniciativa privada, la elección de

trabajos a tiempo parcial y las actividades no remuneradas pero socialmente útiles. Sería el momento de pensar en una renta básica para todos los ciudadanos, entendida no como un subsidio a los necesitados sino como un derecho democrático general. Tal ingreso debería garantizar la subsistencia mínima de las personas, con lo que el trabajo se convertiría en una opción libre o temporal, se potenciaría la práctica de actividades humanitarias o creativas que el mercado actualmente no recompensa y se facilitaría la negociación equitativa de las condiciones laborales entre patronos y empleados.

¿De dónde saldrían los fondos para implementar tal ingreso básico? Sin duda habría que reformar los actuales subsidios sociales, gravar el trabajo remunerado con algún impuesto y con mucha más razón las especulaciones financieras, pero sobre todo habría que tomar conciencia clara de que, por mucho que indudablemente el desarrollo económico deba a la iniciativa personal de unos cuantos, toda riqueza es fundamentalmente social y no puede desentenderse de sus obligaciones comunitarias, es decir, democráticas.

Contra la ignorancia

La educación a veces transita entre la formación de una élite en centros privilegiados o un gran parque de atracciones escolar, donde los profesores se convierten en animadores televisivos. Para el filósofo español, lo importante ahora es potenciar la formación de nuevas actitudes democráticas.

El actual debate sobre la educación, que alcanza afortunadamente a cada vez más países, es sin duda una de las cuestiones esenciales del siglo en rodaje. Lo que se trata de determinar es si nuestros establecimientos de enseñanza sólo pueden aspirar a preparar el recambio de gestores y clientes necesario para mantener el sistema socioeconómico vigente o ciudadanos críticos capaces de transformarlo, sin concesiones a la violencia o a la demagogia irracional. No se trata de adoctrinar para la rebelión pueril, como hacen a veces adultos irresponsables deseosos de que los niños venguen sus fracasos y derrotas, sino de potenciar una inteligencia cívica que pudiera llegar a ser tan inconformista frente a lo vigente como frente a los vetustos estereotipos que se le ofrecen como recambio. En una palabra, posibilitar la formación de nuevas actitudes democráticas sin cortocircuitarlas pedagógicamente desde la resignación "realista" o la frustración "utópica".

Como permanecemos chapoteando entre las querellas partidistas a corto plazo y la falta de ideas para el futuro, quizá venga bien la sacudida ocasional de algún tratamiento de choque. Para ello, nada como echarse al plato un buen panfleto. Por ejemplo, *La escuela de la ignorancia* (Ed. Acuarela, 2002) de Jean-Claude Michéa que lo es, sin duda alguna y me atrevo a decir que a mucha honra. La gracia del panfleto reside en que opta por la exageración y la desmesura caricaturesca para llamar la atención sobre algo sistemáticamente pasado por alto por el pensamiento conservador: si prefriese una matizada sobriedad, la unanimidad coral de los bienpensantes haría inaudible su mensaje.

Frente a los constantes lamentos sobre el fracaso escolar y el aumento de efectiva ignorancia entre los alumnos, presentados como disfunciones del sistema, Michéa se pregunta: ¿y si tales carencias fuesen en realidad logros de una agenda no explícita, empeñada en conseguir

una sustancial reducción de la inteligencia crítica, es decir de "la aptitud fundamental del hombre para comprender a un tiempo el mundo que le ha tocado vivir y a partir de qué condiciones la rebelión contra ese mundo se convierte en una necesidad moral"?

Desde luego, la respuesta de Michéa es desafiantemente afirmativa. La ideología del capitalismo globalizado quiere maximizar beneficios y minimizar la voluntad cívica. Para perpetuar y prolongar sus instrumentos tecnológicos le basta con formar una élite de privilegiados que reciban en centros privados (y selectivamente caros) una formación científica a la altura de los tiempos, debidamente exigente y disciplinada. Para los demás, basta con urdir un espacio de entretenimientos y juegos, abierto a la cháchara de los buenos sentimientos, en el que los profesores dejen de ser sujetos de saber y se conviertan en animadores de indefinidos debates, concebidos según el modelo de los talk-shows televisivos, algo semejante a un gran parque de atracciones escolar. En este empeño colaboran ya voluntariosamente los nuevos pedagogos, desde la buena conciencia de un progresismo sin lágrimas ni coacciones que ha encontrado su primer y definitivo mandamiento en el "prohibido prohibir", completado por su corolario "¡considerad vuestros deseos como realidades!".

Jean-Claude Michéa pertenece a la aún escasa pero creciente cohorte de los anticapitalistas conservadores, que desconfían razonablemente de una acepción de "progreso" y "modernidad" equivalente en casi todos los casos a la simple desaparición de trabas culturales a la expansión sin límites del mercado. Sea como fuere, lo bueno de los panfletos inteligentes es que dan una voz de alarma sugestiva incluso para quienes no comparten del todo los presupuestos del panfletario.

Eduquemos mejor

El filósofo español acaba de inventar una nueva sigla: I.S.P. Una manera sintética de nombrar a quien él llama los "Idiotas Suficientemente Preparados". Así define a aquellos que no sólo están mal informados intelectualmente, sino sobre todo mal formados cívicamente.

No quisiera contribuir a que aumentase en frondosidad el bosque de siglas -parece que de forma ya irrevocable- en el que transcurre nuestra vida desde hace décadas, pero como todo se contagia (menos la hermosura, señala la sabiduría popular) el otro día me encontré dando vueltas a una nueva trinidad de iniciales: I. S. P. Venía yo de discutir con un amigo acerca de los alarmantes resultados de una encuesta internacional sobre los conocimientos de estudiantes de muchos países, entre los cuales quedaban en posición especialmente poco lúcida los alumnos españoles. Mi interlocutor se escandalizaba de que nuestra juventud estuviese cada vez "peor preparada". Su inquietud se refería a la falta de conocimientos en materias como ciencias, historia, geografía o literatura.

¿Qué profesionales podemos esperar si las nuevas generaciones padecen tales deficiencias en su formación? Y yo, compartiendo su preocupación también, le repuse que no era esa falta de preparación académica, con todo, lo que más me preocupaba de los jóvenes actuales, fuesen españoles o de cualquier otro lugar. Por el contrario, a mí lo que me asusta es que haya cada vez más gente con suficiente competencia profesional y con perfecta

incompetencia social. Lo que podríamos llamar "Idiotas Suficientemente Preparados". O para abreviar, también de modo un poco idiota: I.S.P.

Tomo el término "idiota" en la acepción más próxima a su etimología griega: persona carente de interés cívico y de capacidad para desarrollar las atribuciones que corresponden a un ciudadano. En uno de sus últimos libros, el venerable John Kenneth Galbraith asegura con conocimiento de causa que "todas las democracias actuales viven bajo el temor permanente a la influencia de los ignorantes". Estoy convencido de que por "ignorantes" no entiende aquellas personas que desconocen la ubicación geográfica de Tegucigalpa o quién fue el abuelo paterno de Chindasvinto, porque en este sentido casi todos somos bastante ignorantes (siempre nos faltan informaciones precisas sobre muchos aspectos concretos de la realidad, pero para eso están las enciclopedias informatizadas y los bancos de datos). Los ignorantes de Galbraith, aquellos a los que yo llamo "idiotas", no están sólo mal informados académicamente sino sobre todo mal formados cívicamente: no saben expresar argumentadamente sus demandas sociales, no son capaces de discernir en un texto sencillo o en un discurso político lo que hay de sustancia cerebral y lo que es mera hojarasca demagógica, desconocen minuciosamente los valores que deben ser compartidos y aquellos contra los que es lícito -incluso urgente- rebelarse. Viven entre los demás, se benefician de estructuras democráticas, medran gracias a la capacidad social de producir bienes y servicios... pero se mantienen intelectualmente como parásitos o, aun peor, como depredadores.

Me impresionó un panel publicitario que ví en Brasil, cuya fotografía reprodujo luego algún periódico español. Era el reclamo de una escuela y mostraba una gran foto de Bin Laden, con la leyenda: "Osama Bin Laden, ingeniero". Abajo decía: "Formar profesionales es fácil, lo difícil es formar ciudadanos". En efecto, probablemente la preparación técnica en nuestros días no es peor, todo lo contrario, que en el pasado: lo realmente malo es que la educación no va más allá, que no consigue acuñar miembros responsables y tolerantes, por críticos que sean, para vivir en sociedades pluralistas. Patentamos insolidarios que sólo se preocupan de sus derechos sociales pero nunca de sus deberes, o fanáticos tenebrosos, carne de intransigencia y demagogia.

El problema no es lo que no saben hacer sino lo que no saben ser: humanos entre los humanos, libres pero responsables, críticos pero no obsesos ni caprichosos seguidores de los archimandritas de la superstición apocalíptica. Son, ay, idiotas, aunque eso sí, suficientemente preparados. Eduquemos mejor... o empecemos a temblar.

El crimen de no educar

Ya que el mundo está a merced de líderes que actúan como niños malcriados y patoteros, el autor cree que sólo en la escuela -una institución que sufre la violencia- se pueden formar adultos responsables.

Aunque estoy convencido de la importancia de la educación para lograr personas humanas algo más decentes, tolerables y tolerantes de lo que fuimos sus padres, no creo que se trate de la solución milagrosa de todos nuestros males. En cualquier plan para aliviar los defectos

de nuestro mundo ha de participar la educación... aunque sin duda no bastará con la mera educación, ¡intervienen tantos factores internos y externos en la determinación de la conducta humana! Lo malo de los seres libres es que no tenemos ningún resorte mágico que baste apretar para convertirnos en santos. Y aunque lo hubiese, yo desde luego no me atrevería a apretarlo: prefiero dejar abierta la posibilidad de hacer el mal a convertir el bien en un gesto automático...

Sin embargo, la educación me sigue pareciendo fundamental. Y es que, queramos o no, se trata de algo irremediable, que todo el mundo recibe. Si, no se asombren ustedes: la educación es un fenómeno universal y obligatorio, del que -de un modo u otro- nadie carece ni ha carecido nunca... al menos si pertenece a la especie humana. A quien no le educa la familia o la escuela, le educará la televisión, la calle o la selva, pero sin educación no se quedará. A Tarzán le educaron los monos y a Mowgli los lobos: salieron a fin de cuentas buenos chicos, pero no parece aconsejable repetir demasiado a menudo el experimento. Porque ahí está precisamente el quid del asunto: los bienes que aporta la buena educación pueden ser limitados y eventualmente insuficientes, pero las perversiones que trae la educación mala son mucho más seguras... y más devastadoras. Ni aún preocupándonos de educar bien es seguro que consigamos obtener buenos ciudadanos; pero si dejamos la educación en manos del azar o del mercado, obtendremos sin duda una excelente cosecha de monstruos.

El 30 de enero se celebró en todos los centros de enseñanza la Jornada de No Violencia, que pretende resaltar la importancia de preparar a nuevas generaciones para la convivencia pacífica (aunque sea polémicamente pacífica) si queremos mañana vivir de un modo menos sanguinario y belicoso. Las escuelas, los colegios y los institutos son espacios públicos obligatorios, por lo general los primeros de ese tipo que conocen los niños al salir de sus familias. Nunca son burbujas aisladas del resto de la sociedad sino microcosmos que revelan a escala reducida los abusos y las virtudes de la comunidad circundante. En ellos se descubren las obligaciones y los atropellos, la marginación y la fraternidad. Y la omnipresencia tentadora de la violencia. Es preocupante constatar la creciente abundancia de incidentes feroces y agresivos en nuestros centros de enseñanza: entre los alumnos, entre alumnos y profesores. Hay mafias adolescentes y brutos seminazis que aún llevan pantalón corto. Algunos chavales tiemblan al entrar en clase y bastantes maestros tiemblan todavía más... ¡incluso cuando tienen que recibir a los padres, a veces más peligrosos que sus retoños!

Creo que no hay que minimizar la importancia de las situaciones de amenaza y crueldad que se dan en las aulas. Recuerdo demasiado bien haberlas padecido en la infancia y la adolescencia como para tomarlas a broma o deseárselas a nadie. Pero la solución no es cosa fácil. Maestros y profesores han perdido en gran parte el escudo de respeto, a veces exagerado, que tuvieron en otras épocas. Ahora ya la simple imposición de la autoridad no basta, aunque tampoco debe ser desdeñada en nombre de un malentendido espíritu libertario cuando se ejerce de modo razonable. Pero queremos formar personas responsables y no meramente obedientes, que han de vivir en una sociedad cada vez más individualista e igualitaria. De modo que hay que intentar otros métodos complementarios. Por ejemplo, la Generalitat de Cataluña se propone escoger y preparar en las comunidades escolares a alumnos que sirvan de mediadores en la resolución de los conflictos internos. Deben poseer ciertas dotes de liderazgo y un carácter a la vez firme en lo esencial y flexible en todo lo demás, a los que se instruirá en los principios básicos de la resolución de enfrentamientos

civiles. Parece una buena idea para acostumbrar a quienes sienten la tentación de la violencia pero rechazan la jerarquía a buscar arbitrajes que eviten la brutalidad y resguarden del matonismo. Del ajeno... y del propio.

Hombres que asesinan a sus mujeres, padres que maltratan a sus hijos como ellos fueron maltratados, chavales que apalean a vagabundos, niñas que condenan a muerte por celos a una compañera de pupitre... Y por encima de todo, otra vez la amenaza mundial de una guerra, planteada de modo especialmente prepotente y estúpido contra un dictador no menos miserable: por todos lados niños malcriados, inmaduros, decidiendo sobre la vida y la muerte de los demás. Al comienzo de sus *Antimemorias*, cuenta Malraux que un sabio oriental le comentó confidencialmente: "No hay adultos". Sería buena idea que, ya que estamos condenados a la puerilidad, intentemos al menos extirpar de ella la semilla del crimen.

Lo literariamente incorrecto

Lejos de pronosticar una crisis de lectores, el escritor español sostiene que la literatura goza de buena salud. Sólo lamenta que no haya más seguidores de aquellos títulos que no responden a las modas, sino que se sumergen en géneros y autores donde encuentran refugio a su pasión por la palabra.

Frecuentemente oímos decir que los lectores somos una especie en extinción y que cada vez se lee menos, sobre todo los más jóvenes. No estoy completamente de acuerdo con ese dictamen pesimista. Sin duda es cierto que hoy la lectura debe competir con otras aficiones audiovisuales fascinantes y además tan domésticas como ella. Me explico: hace treinta años, quizá veinte tan sólo, el cine o el fútbol eran comúnmente espectáculos que obligaban a salir de casa y la oferta televisiva resultaba bastante limitada, por lo que no era demasiado difícil para el lector encontrar tiempo libre en su domicilio para su vicio solitario. Pero hoy cualquier hogar rebosa de incitaciones cinematográficas, deporte televisado, Internet, videojuegos y espectáculos musicales. La butaca del lector en la tarde lluviosa está asediada de tentaciones que le reclaman a no abrir un libro. Empeñarse en leer obliga más que nunca a renunciar a múltiples sollicitaciones que no requieren quitarse las zapatillas, humilde fundamento de toda intimidad humana.

Sin embargo, en mi opinión no faltan lectores. Incluso me atrevo a decir que son más numerosos que hace años. Hay libros que se venden mucho, hasta alcanzar tiradas antaño impensables. Y se hace evidente la excelente noticia de que los autores de nuestra lengua figuran siempre ya a la cabeza de los más requeridos por el público: García Márquez, Vargas Llosa, Javier Marías, Perez Reverté, Muñoz Molina y otros nombres más recientes han conseguido un público fiel que no hace más que aumentar. Todos quisiéramos que en España se leyera más, pero también constatamos que ayer se leía mucho menos. De modo que no hay razón para atribularse en demasía, aunque todos los refuerzos educativos que puedan proporcionarse a la lectura -siempre que se centren en contagjar el placer de la literatura y no su obligación penosa- serán pero muy bienvenidos.

Sin embargo... sin embargo hay un tipo de lector que sí creo que está en decadencia. Quisiera yo aquí entonar un canto en su elogio, espero que no su réquiem. La inmensa mayoría de los

lectores actuales, masiva y bienintencionada, se dirige casi exclusivamente hacia las obras consagradas por la voz publicitada de la actualidad. Todos quieren leer lo que incuestionablemente debe leerse: el último libro del autor consagrado, la obra coronada con un importante premio literario o esa otra que insospechadamente despierta aclamación en el boca a boca del público. Nada de malo hay en tales aficiones, claro está, y me confieso devoto como cualquiera de ellas. Pero añoro el otro tipo de lector, el maniático, el de gustos privados y casi perversos que practica un culto particular a escritores que pocos conocen o géneros que los demás desconocen o desdeñan. El que rastrea por las librerías de viejo las piezas descatalogadas de una firma que ya sólo él recuerda, ese que colecciona cuentos de fantasmas, o relatos humorísticos, o crónicas de viajes marítimos, o poemas épicos, o... yo que sé, vicios y caprichos que le hacen resonar misteriosamente el alma. También formo parte de esa cohorte menguante, por eso les comprendo bien.

En cierta entrevista, el exquisito y exigente crítico George Steiner aseguró que si uno de sus alumnos de literatura le aseguraba que tenía la colección completa de las novelas de vaqueros de Zane Grey, ya le consideraba salvado para la lectura. A mi juicio, también el fanático que utiliza Internet para rastrear obras olvidadas de ciencia-ficción o interpretaciones de la Segunda Guerra Mundial es un santo, incluso un héroe, de la pasión abnegada y dominante por la letra impresa.

¡Llor a quienes palpitan por escritores y géneros que nada tienen que ver con los gustos del día ni con los dictados de lo literariamente correcto, por respetable que en ocasiones estos sean! Junto a los necesarios lectores que siempre leen lo que hay que leer, ojalá que nunca perezcan del todo -aunque me temo que van disminuyendo- los que mantienen el vicio insólito, el gusto que ya nadie comparte, el capricho idiosincrásico tan privado como la masturbación. Son la sal de la tierra literaria, porque nunca leen para aparentar o para estar a la altura de sus vecinos, sino para colmar un ansia casi inconfesable que los demás no entienden y que a ellos les posee. ¡Imagínense, incluso hay pervertidos que seguimos, contra viento y marea, leyendo obras de filosofía! Aunque no expliquen como triunfar en la vida o como merecer la inmortalidad rutilante...

El milagro eterno de la literatura

Los pronósticos no son optimistas: el lector parece ser una especie en extinción. Pero en el pupitre de una remota biblioteca pública renace el hechizo.

Constantemente oímos las noticias más dramáticas acerca de la lectura: los jóvenes no se interesan por ella, los mayores ya no tienen tiempo de practicarla, en los países avanzados se ha convertido en una extravagancia y en los malencarados por el atraso en un deporte de riesgo. Ayer se decía que los libros amenazaban la supervivencia de los bosques, pero hoy la repoblación forestal parece más factible que repoblar el mundo de lectores. Porque lo más curioso es que libros sigue habiendo, incluso se multiplican de manera casi cancerosa: pero a esa metástasis no corresponde un aumento paralelo de usuarios ilustrados y devotos. Borges dijo que los buenos lectores son cisnes negros aún más raros y preciosos que los buenos escritores. Podríamos conformarnos ahora con lectores regulares, siempre que fueran algo

más crítico y apasionadamente jubiloso que meros consumidores de best-sellers o coleccionistas de esas enciclopedias culinarias que regalan con los diarios. Pero quizá ya ni a eso podemos aspirar, nos dicen los augures más tenebrosos. Quizás el peor de ellos sea Stanislaw Lem, el gran autor de ciencia ficción, que ha formulado la siguiente Ley de Lem: "Nadie lee nada; si lee, no comprende nada; si comprende, lo olvida enseguida".

Aunque pertenezco al desacreditado batallón escéptico de quienes desconfían de toda forma estruendosa de apocalipsis (sea la muerte del libro, la muerte del hombre o la muerte del arte) a veces tantas proclamas descorazonadoras me hacen cierta mella. De modo que fue con un ánimo más bien decaído como acompañé hace unas semanas a la ministra de Educación de Colombia en la visita que me propició por las grandes bibliotecas públicas que en los últimos años se han inaugurado en Bogotá.

Me es imposible no sentir hasta emoción ante las empresas culturales realizadas contra viento y marea en Colombia, luchando por convertir en noticia de primera plana libros y reflexiones abiertas a todos en lugar de los habituales titulares de masacres o extorsiones. Sin embargo, como se habla tanto y tanto de la decadencia de la lectura, esa tarde acompañé casi con desánimo escéptico a la ministra en nuestra visita a las bibliotecas bogotanas. ¿Acaso pueden nacer y crecer lectores en circunstancias dramáticas, entre el terror impuesto por los feroces y el otro miedo, constante y no menos feroz a la miseria?

Las grandes bibliotecas que visitamos en la capital colombiana son admirables: por su arquitectura amplia y luminosa, por su funcionalidad bien organizada que no repele ni obstaculiza el acceso a sus servicios, por la amable entrega del personal. Representan y defienden lo que cualquier espacio dedicado a los libros debe ser: un jardín de civilización en la jungla despiadada que la niega o la ignora. Las recorrimos con creciente entusiasmo. Dos de ellas están situadas en los barrios del sur de la ciudad, los más abruptos. Y fue en la cafetería de una de ellas, cuando hicimos un alto, donde por fin encontré lo que yo buscaba: el verdadero lector, auténtico, entregado y solitario.

Era gordito, supongo que algo miope y permanecía absorto en una mesa cerca de la nuestra. Podía tener trece o catorce años: yo sé lo que significa, créanme, leer de ese modo y a esa edad. En sus manos, sobre todo en sus ojos, atesoraba un tomo de *El señor de los anillos*. Nada se oía, pero yo lo oí todo al verle leer: las bromas de los hobbits, las palabras Serenas de Gandalf, el lugubre cabalgar de los Nazguls, el roce etéreo de los elfos...

Era el milagro eterno de la literatura: la fábula heroica inventada en Oxford por un remoto erudito que contaba peripecias sucedidas en una tierra mágica y mantenía en suspenso, fuera del tiempo y dentro de la vida, a un adolescente de ese arrabal situado en otro continente. Nada podía distraerle, nada podía robarle la fuerza que le llegaba desde la página en la que se hallaba refugiado. Gozaba y sufría, a la vez inmensamente libre y voluntariamente sumiso. ¡Nada menos que un lector! Y entonces supe que en esa hora, ese mismo día, en otras latitudes, debía tener numerosos compañeros y cómplices. Al acordarme de la legión condenada de los pesimistas, no pude por menos de sonreír...

El verano de Sauron

Hoy en día la lectura está sepultada por multitud de pasatiempos, pero el autor de la nota no vacila en rescatarla como esencial. Y describe como, en uno de los intervalos más apocalípticos de su juventud, no encontró mejor cosa que hacer, justamente, que leer un extraño libro.

En la última página de uno de sus libros más representativos (El hacedor), confiesa Jorge Luis Borges: "Pocas cosas me han ocurrido y muchas he leído. Mejor dicho: pocas cosas me han ocurrido más dignas de memoria que el pensamiento de Schopenhauer o la música verbal de Inglaterra". Esta declaración no aspira al prestigio ni la intimidación pedante, aunque quizá hoy se lo parezca a algunos recelosos. Yo entiendo lo que pretende decir Borges e incluso (firmando todo lo abajo que sea prudente) puedo suscribir su afirmación. Ignoro si los libros siguen todavía significando para alguien -en este mundo de videojuegos y cruceros por Internet- lo mismo que supusieron para algunos fanáticos cuando yo era joven: pero doy fe de que entonces eran una aventura, un riesgo prohibido, una fiesta. El verano más loco y fantástico de todos los que recuerdo lo pasé precisamente atrapado por un libro. Para ser más exactos: hechizado por un libro y amenazado por un cuartel.

Yo acababa de cumplir veintitrés años. Me habían detenido varias veces en las movidas antifranquistas de la universidad y hasta llegué a pasar una breve temporadita en la cárcel de Carabanchel. Como castigo de tanta turbulencia, las autoridades -siempre competentes- me denegaron la prórroga de incorporación al servicio militar. En setiembre, inexorablemente, tendría que vestirme de uniforme y comenzar a marcar el paso.

Tenía ante mí dos meses, dos brevísimos meses estivales, los últimos antes de la catástrofe castrense que clausuraría mi alegre y rebelde despreocupación juvenil. Sentí que tenía que hacer algo grande en esos sesenta días postreros, algo arrebatador, intenso, algo tan portentoso y orgiástico que me hiciera olvidar de lo que me esperaba después. ¿Quizás un viaje al fin del mundo? Imposible, porque las autoridades me habían incautado también prudentemente el pasaporte. Respecto a las posibilidades escapistas del alcohol y otras drogas lisérgicas, que ya había frecuentado por entonces con notable devoción, no me hacía demasiadas ilusiones: sirven para entretenerse un fin de semana pero no dos meses, por cortos que sean. Descartado el suicidio por orgullo -¡no podrán conmigo!- y el libertinaje por timidez, sólo me quedaba la literatura. Y entonces apareció el Libro.

Era muy grueso, más de mil páginas, y lo encontré en la librería Meissner de Madrid, especializada en libros extranjeros. Conocía su título porque aparecía vivamente desaconsejado en otra obra que había leído recientemente, *El poder de soñar* de Colin Wilson, sobre la literatura fantástica contemporánea.

Allí estaba, bien orondo, tres tomos en uno, en el estante de Meissner, con su título escrito en un tipo de mayúsculas que remedaban el gaélico *Lord of the Rings*. Había una pequeña dificultad: cualquiera podía darse cuenta sin ser demasiado perspicaz de que el maravilloso mamotreto estaba escrito rigurosamente en inglés. Y yo, ay, pese a algunos intentos más bien lánguidos de aprenderla, desconocía con vigorosa tenacidad esa imprescindible lengua.

No era cosa de que tradujeran *Lord of the Rings*, puesto que sólo me quedaban dos meses de vida... habil. Y menos mal que no esperé, porque tardó bastantes años en aparecer *El señor de los anillos* en español. De modo que me compré el tomazo incomprensible, lo acompañé de un buen diccionario y empezó mi gran aventura. Mañana y tarde penetraba en la Tierra de Enmedio, viajaba con Bilbo y Sam, luchaba junto a Gandalf y Aragorn, sintiendo siempre la amenaza del enorme ojo sin párpado de Sauron que me miraba desde el agua cóncava. Elfos y orcos me hicieron olvidar a los sargentos que poco después iban a darme órdenes.

Había un doble placer: buscar despacio palabra por palabra en el diccionario para construir cada episodio como un rompecabezas emocionante y otras veces inventar o intuir el significado de los términos desconocidos para llegar cuanto antes al anhelado desenlace. Lento, rápido, intenso: el deleite. Después volví a leer *El señor de los anillos* en francés y más tarde en español, pero nunca disfruté tan salvajemente como con esa rústica lectura en la lengua apenas conocida, aquel verano.

Pasó el verano, llegó y pasó la mili, sobreviví a la instrucción y a las imaginarias. De aquellos días a toque de corneta ni siquiera guardo recuerdos terribles, sólo algunas anécdotas risibles, casi tiernas en su lejanía. Ahora espero, a finales de este año 2001, el estreno de la primera parte de *El señor de los anillos* dirigida por Peter Jackson. En los sueños inquietos de algunas noches vuelve a mirarme, ya más cerca, el ojo de Sauron.

Mi primer editor

Para todo aspirante a escritor, la publicación del primer libro puede ser una aventura compleja y trabajosa. Fernando Savater no fue la excepción a esta regla, aunque tuvo mejor fortuna que muchos de sus colegas: hoy el filósofo español recuerda a su primer editor como a un gran amigo y maestro.

Yo tenía veintitrés años, yo vivía en una dictadura, yo participaba devotamente en todas las broncas rebeldes que podíamos montar en la universidad, yo perseguía inútilmente a chicas enérgicas y ariscas, yo leía en francés a los situacionistas y a Cioran, yo era borgeano de primera hora y estricta observancia, yo escribía panfletos, yo quería por encima de todo -ay, aunque supusiera la perdición de mi alma ingenua e irredenta- yo quería más que nada en el mundo publicar un libro: como tributo a lo que me causaba desde la infancia más placer, como homenaje amoroso. El libro aún no estaba escrito pero habría de ser sulfúrico en su fondo y exquisito en su forma, un combinado explosivo de doctrinas capaces de hacer saltar la realidad establecida en pedazos. Sería inaudito, insoportable... pero no debía bajo ningún concepto quedar inédito. Ahí estaba el problema: en lograr editar tan magnífica ferocidad. La tarea de escribirlo me parecía sencillísima y casi accesoria. De modo que antes de nada me lancé a la búsqueda de un editor.

La editorial más próxima a mi casa era Taurus, que entonces ocupaba un chalet coquetón en la plaza de Salamanca de Madrid frente al que había pasado muchas veces, camino del colegio. Y su director se llamaba Jesús Aguirre, un cura con fama de progresista -"rojo", decían entonces las señoras de derechas- pero también de sarcástico, impertinente y poco benévolo ante la torpeza de los principiantes. Allá que me fui, pasablemente tembloroso

pero siempre más propenso a aceptar el ridículo que la renuncia. Aguardé un poco en la antesala y después me pasaron al despacho del dueño de mi destino. De pronto, tras la gran mesa llena de papeles, emergió una cara preocupada y algo traviesa, que me preguntó: "¿Se ha ido ya Sciacca?" Por lo visto llevaba bastante rato escondido a la espera de que desapareciese del horizonte Michel Federico Sciacca, un copioso polígrafo italiano que había marcado la pauta del pensamiento cristiano una década antes. Jesús Aguirre tuvo que heredar sus obras traducidas de la dirección anterior de Taurus y también su insistente presencia periódica aportando nuevos volúmenes regeneradores, de los que ya no sabía como librarse. De todo esto me enteré luego, porque yo era sólo un niño y no conocía a Sciacca (¡nene, Sciacca!) ni a casi nadie.

A todos -filósofos, novelistas, poetas, editores, periodistas...- los iría conociendo después porque Jesús me los fue presentando o desaconsejando con idéntica vehemencia que yo nunca discutí. Aquel día me bastó cruzar con azoro mi mirada miope con la suya que no lo era menos, separados por la barricada del escritorio, y me dije: "¡Este es mi hombre!"

Lo fue, con generosidad sin reservas. Me editó aquel libro inicial, escrito en quince días después de nuestra primera conversación, y luego todos los demás que le fui proponiendo. Se volcó especialmente con *La infancia recuperada*, contra el que algunos consejeros literarios de la editorial le previnieron como un "mero capricho" (lo cual era, por supuesto y a mucha honra). Yo me iba por las mañanas a su despacho en la Plaza de Salamanca, sin cita previa, me plantaba allí, a escucharle, y él -en lugar de esconderse tras el escritorio para ahorrarse otro pelmazo- me contaba muchas anécdotas picantes o maliciosas de personas ilustres cuyo nombre jamás me sonaba. Yo sonreía con aire enterado, sin enterarme, pero sabiendo que éramos amigos. Luego yo me casé -y el ofició como cura en la inverosímil ceremonia- y después dejó de ser cura y fue él quien se casó, convirtiéndose no menos inverosímilmente en Duque de Alba. Seguimos tratándonos pero ya mucho más esporádicamente, porque yo estoy hecho para convivir con editores, no con duques, que me confunden. Pero seguro que su vida no por eso fue más rara que la mía y desde luego siempre, siempre he seguido pensando en él con afecto, con agradecimiento y con un poco de asombro porque me hiciera tanto caso.

El día en que me enteré de su muerte recordé una anécdota digamos que teológica de nuestro compañerismo. Una mañana cualquiera estaba yo sentado en su despacho, dando la lata y él había interrumpido la charla para hablar por teléfono con no sé quién (atendía a sus asuntos con perfecta libertad delante de mí, porque me sabía socialmente inofensivo). Se quejaba con su inimitable nonchalance de las amarguras existenciales y su interlocutor debió hacerle alguna recomendación piadosa, quizás irónica, a la que respondió con un tono tan súbitamente grave que me impresionó: "La fe es la salvación, pero no un consuelo". De esas cosas tampoco sé nada, Jesús, aunque cuentas como siempre con mi apoyo por si te hace falta y sobre todo en el caso de que ya no te haga falta.

Mundo juvenil

Las personas "mayores" y las desventajas de vivir en sociedades que parecen diseñadas especialmente para la gente joven motivan la reflexión del filósofo español.

Por poca historia y sociología cultural que sepa uno, resulta evidente que el mundo nunca ha debido ser un lugar demasiado cómodo ni favorable para los viejos. En algunas tribus les abandonan sobre la nieve para que sean pasto de los lobos, en otras les obligan a subir a un árbol y los sacuden para comprobar si aún son capaces de sostenerse, en lugares más civilizados se les regatean las pensiones recomendándoles que vivan de sus ahorros... aunque la mayoría de los trabajadores no ganen siquiera lo suficiente como para poder ahorrar nada que valga la pena. Y no hay asilos públicos decentes para cuidar a los que padecen cualquier invalidez o demencia senil, ni nadie ayuda a las familias sin recursos ni paciencia perpetua para atenderles.

Cuando llegan las vacaciones de verano, les olvidan a veces en un banco del parque o una estación de autobuses... En fin, lo que dijo Cioran: "Quien no muere joven, merece morir".

Pero no pretendo ponerme demasiado truculento. No lleguemos a tanto. Antes de convertirnos en "viejos" en el sentido agónico y desesperado del término, aún quedan por pasar varias etapas.

Hablamos de las personas "mayores" (delicioso eufemismo: ¡como si todos a cualquier edad no fuésemos mayores que otros, salvo el recién nacido y sólo en el momento de nacer!). Pues tampoco para tales "mayores" las circunstancias de la vida moderna suelen resultarnos demasiado favorables. Habitamos sociedades despiadadamente juveniles, atléticas y jocundas, donde casi todo está pensado para quienes se hallan en plenitud de sus capacidades físicas y mucho más dispuestos a la agitación derrochadora que al descanso. Quien no corre lo suficiente, quien tropieza con los escalones demasiado altos, quien prefiere caminar a montar en bicicleta y dormir a bailar... en fin, que Dios le agarre confesado. Es un paria, una rémora, un enemigo del mundo de diseño juvenil.

Fíjense por ejemplo en los aeropuertos (sobre todo en sus casos más feroces, como el de Barajas en Madrid). Las distancias que debemos caminar hasta llegar a nuestra puerta de embarque son kilométricas, aumentadas de vez en cuando por un hábil cambio de última hora que nos remite a la otra punta del hangar mediante altavoces que logran ser ininteligibles en varias lenguas cuando no inaudibles en todas. Por supuesto esta el carrito (la alternativa es facturarle todo y esperar con ansiedad a ver que es lo que nos pierde esta vez la compañía), porque los serviciales maleteros de las estaciones nunca tuvieron imitadores en el transporte aéreo. Todos estos son sin duda obstáculos menores para alguien en la plenitud de su edad y de sus fuerzas, aunque puedan convertirse en contratiempos severos para el que ya ha pasado sus días de gloria... pero aún no se decide a pedir que le lleven en silla de ruedas.

¿Y el estruendo de los jolgorios de fin de semana o las alegres fiestas populares, tan abundantes en nuestro pirotécnico país? Convierten el reposo nocturno de amplios vecindarios en un sueño imposible, y nunca mejor dicho. "Pues si no puede dormir, únase a

la fiesta!", aconsejan los profesionales implacables de la juventud a ultranza. Pero a las personas "mayores" a veces eso les da reparo: son mayores con reparos. Y es inútil predicarles lo de "mientras el cuerpo aguante..." porque hay épocas de la vida en las que el cuerpo aguanta y otras en las que uno aguanta a su cuerpo, no sin dificultades. No es cierto, como establece otro dogma de nuestros días, que todo el que no sea joven está enfermo. Lo que pasa es que la buena salud a ciertas edades ya no permite las mismas prestaciones que a otras. Lo explicaba muy bien un amigo mío ochentón, que al preguntarle yo un día como se encontraba, me repuso: "Me siento estupendamente, aunque si hace cuarenta años me hubiera sentido así no me habría levantado de la cama hasta que llegase el médico". Y es que, como observó Oscar Wilde, lo malo de ser viejo no es sentirse viejo sino sentirse joven... y comprobar a cada paso que ya no lo eres.

Nuestros espacios públicos urbanos son inhóspitos para quien no está en plenitud de forma. Como, además de juvenil, vivimos en un mundo pretendidamente humanitario, a veces -no las suficientes, desde luego- se instrumentan auxilios para los minusválidos, las embarazadas y los enfermos desahuciados. Pero para las personas que sólo son "mayores" y que aún conservan cierta negra honrilla que les impide pedir ayuda especial, no hay piedad alguna. A veces, mientras jadeamos con dignidad arrastrando una maleta o esquivamos en la acera la bici de un atlético malnacido, nos lanzamos unos a otros un guiño de compasión y de ánimo. ¡Cualquiera se atreve a reconocerse mayor bajo la tiranía publicitaria y jocunda de la moda juvenil!

Metafísica gastronómica

Desde tiempos inmemoriales los hábitos alimenticios se usaron para caracterizar a cada comunidad. Pero el autor español propone innovar y animarse a audaces mestizajes.

Sabios pensadores como Feuerbach sostienen que "el hombre es lo que come" y el recientemente fallecido Faustino Cerdón dijo que "cocinar hizo al hombre", coincidiendo así por una vez la ciencia con la intuición del dicho popular que asegura: "De lo que se come, se cría". ¿Acaso no se han utilizado siempre las preferencias gastronómicas (sobre todo las que no compartimos y por tanto nos resultan más exóticas o censurables) para caracterizar a otras comunidades humanas? Los romanos llamaban a los ibéricos "cicerófagos" porque comían garbanzos, a lo cual nunca se hubiera avenido un romano respetable; los ingleses resumen la esencia inaprehensible de lo francés nombrando a los galos "devoradores de ranas", mientras se enorgullecen de que sus mejores hijos (¡y su mejor ginebra!) son "beefeaters"; abundan los hispanos que creen definir a los teutones cuando les llaman "cerveceros", de igual modo que para muchos anglosajones un "spaghetti" es un italiano y cualquier civilizado descarta a los llamados primitivos si tienen el capricho de ser "antropófagos". Etc...

También los gustos alimenticios sirven para señalar lo peor y lo mejor de nuestra condición: "Cruel" viene del latín *cruur*, comer carne aún sanguinolenta, es decir casi "cruda"; y el Macbeth de Shakespeare reprocha a su atroz señora no estar hecha para degustar "the milk of human kindness", la leche de la tierna amabilidad humana... Un amigo suele sostener que

la mayoría de los antiguos izquierdistas de Mayo del 68 se han "hamburguesado", refiriéndose a los mismos a quienes en Francia suelen llamar "la gauche caviar". Juan Benet criticó el gusto que algunos sentimos por la narración directa y emocionante a lo Stevenson, aproximándola a la nostalgia por las meriendas infantiles en un artículo titulado "Pan y chocolate".

De modo que somos, para bien y para mal, lo que comemos o somos como comemos. ¿Y qué pasa cuando nos vemos obligados a vivir lejos de nuestros alimentos, entre otros olores y sabores, acostumbrando forzosamente el paladar a lo que nos resulta más ajeno? Hace varias décadas, en mi primera visita a México, fui a casa de un cuñado ingeniero que trabajaba en Veracruz. Es vasco, como yo, y un auténtico fanático de las deliciosas rutinas de nuestra cocina nacional. La primera noche me sirvió un excelente pescado huachinango a la vera-cruzana, que elogí con toda sinceridad mientras lo devoraba. Me miró con escepticismo, como si me hubiera vuelto loco o le estuviese tomando por tonto a él: "Pero bueno, me dijo, ¿te acuerdas de cómo sabe un buen cogote de merluza?". Le expliqué que tengo la suerte de no sentirme nacionalista ni siquiera a nivel estomacal y que soy de los que, cuando llegan a un restaurante extranjero, piden siempre de la carta el único plato que no conocen: por lo menos una vez me gustaría haber comido de todo, aunque luego recaiga sin cesar en los hábitos culinarios de mi infancia.

Y es que el mestizaje es tan hermoso en gastronomía como en todo lo demás: las mejores cocinas del mundo son criollas, amalgamadas, mixtas y no retroceden ante los hermanamientos de sabores más audaces. ¿Acaso no fueron en su origen todas las formas de creación culinaria aproximaciones arriesgadas entre elementos que el prejuicio consideraba irreductibles? Suponiendo cómo debían gastárselas en su día auroral los partidarios puristas y excluyentes de la carne, el pescado o la verdura, ¿podemos imaginar acto más valeroso que rodear una chuleta de ensalada o servir en el mismo plato sin temblores unas almejas junto a misteriosas alcachofas? Si me apuran, quizá también se jugó la reputación y hasta la vida el inventor que frió por primera vez en deliciosa coyunda nuestros habituales huevos de gallina y las patatas recién llegadas de más allá del océano tenebroso...

Resumen y conclusión: donde sólo se dan sabores inmaculados y autóctonos no hay cocina sino nutrición. Los humanos que se alimentan con platos mejor combinados son los más ricos, más abiertos y menos excluyentes que los monoteístas de la dieta en que nacieron. Y es que la diversidad de ingredientes refleja y multiplica lo dichosamente heterogéneo de los comensales. Convivir viene de "convivium", o sea el banquete que comemos todos juntos con palillos, tenedores, y hasta con esos dedos que luego nos chuparemos de gusto mirándonos fraternalmente.

El jinete novelista

La vida a veces parece la trama de una novela. Este podría ser el caso del escritor inglés Dick Francis y su mujer Mary Brenchley, que acaba de morir a los 76 años. En su homenaje, Savater recrea la historia verídica de este matrimonio literario.

Si les digo que hace unas semanas falleció a los setenta y seis años la señora Mary Brenchley, probablemente ustedes me creerán pero no se sentirán espesadamente conmovidos por la noticia. Ni siquiera espero conseguir aumentar su moderada condolencia diciéndoles que Miss Brenchley se había convertido hace medio siglo en la esposa de Dick Francis, el novelista autor de tantos best-sellers policíacos.

Y sin embargo, en el caso estadísticamente probable de que ustedes -como tantos millones de lectores- hayan pasado alguna vez un buen rato con una de las novelas de Francis, deberían verter una lágrima de agradecimiento al despedir a esta dama. Porque su vida fue ocultamente literaria y formó parte durante varias décadas de un tierno y sigiloso complot, que incluye a un caballo que se portó peor de lo esperado y a un jockey que logró lo que nadie hubiera esperado de él. Pero lo mejor será contar la historia desde el principio.

Nacido hace ochenta años, Dick Francis fue en su juventud un notable jinete en carreras de obstáculos, que incluso llegó a proclamarse en Inglaterra campeón de su especialidad en 1954. Sin embargo, pese a intentarlo una y otra vez, no lograba cumplir su sueño más anhelado: ganar el Gran National de Aintree, la popularísima prueba que ven todos los años por televisión millones de personas aunque después no pisen un hipódromo durante el resto de la temporada. Por fin en 1956 pareció que Francis tenía realmente la carrera al alcance de su mano, cuando le fue encomendada la monta del estupendo Devon Loch, propiedad de la Reina Madre. Todo le fue bien en el duro recorrido hasta que, sin ningún obstáculo ante él, dió un torpe brinco en el aire y se desplomó despatarrado. Nadie ha sabido explicar convincentemente qué le ocurrió; el caso es que Dick Francis se quedó sin la célebre victoria y, forzado por las lesiones sufridas en otras caídas, hubo de retirarse de las pistas poco después.

Y entonces ocurrió la segunda cosa sorprendente de este cuento verídico, aunque ahora con signo favorable para Francis. Alguien le indicó que debía escribir su autobiografía hípica, puesto que tras el desastre de Devon Loch se había convertido en una especie de celebridad (¡en realidad se hizo más famoso que si hubiera ganado!). Francis cumplió el encargo y su libro *El deporte de las reinas* obtuvo una buena acogida. Animado por ella publicó un par de años después *Dead Cert*, un thriller ambientado en el mundo hípico que conocía mejor que nadie. También este segundo libro fue bien recibido y a partir de ese momento, con regularidad anual, fue publicando una serie de novelas de misterio que juegan siempre con los mismos ingredientes: el protagonista suele ser un jinete profesional o aficionado, a veces retirado por alguna lesión, enfrentado a todo tipo de gánsters y estafadores que pululan en torno a los hipódromos; una jovencita, ingenua pero sexy le presta su ayuda y se enamora de él; no faltan los secundarios simpáticos, las intrigas complejas y la violencia bien dosificada. Las novelas de Dick Francis han obtenido un enorme éxito y han encabezado año tras año las listas de best-sellers, codeándose ventajosamente con las de Harold Robbins o Stephen King. Aún más: se han ganado los elogios de lectores tan ilustres como el novelista Kingsley Amis, el poeta Philip Larkin... o la propia Reina Madre, que ha permanecido fiel a su jinete en su nueva carrera como novelista.

Y aquí precisamente está lo raro del asunto: Dick Francis dejó los estudios a los quince años y nunca mostró ningún interés especial por la literatura ni los temas intelectuales. Pero sus novelas, aunque no pueden confundirse con las de Thomas Mann o Vargas Llosa, están bien construidas y narradas con pulcritud. ¿Como ha logrado convertirse en un escritor tan célebre que hoy ya pocos recuerdan que antaño fue jockey? La respuesta la tenía

probablemente Mary, su fiel esposa de toda la vida, poco aficionada a los caballos y mucho a los libros, con una buena educación en letras. Dicho sea en su honor, Dick Francis siempre quiso que el nombre de su mujer figurase junto al suyo como autora de sus libros, a lo que ella se negó rotundamente. Pero hoy ya pocos dudan que ella fue algo más que una ocasional mecanógrafa de las obras de su marido.

El novelista "Dick Francis" fue en realidad dos personas, que juntas eran mucho más que dos, como dice la canción. Ahora la mitad más literaria del equipo ha muerto y ya no habrá más novelas de Dick Francis. La última se titula *Shattered* y está precisamente dedicada a la Reina Madre, la dueña de aquel Devon Loch que en Aintree tropezó cierto día con lo invisible, como antes o después nos pasará a todos.

Donde galopa el corazón

El filósofo español retoma imágenes de su infancia que los años no han borrado: el hipódromo de Zubieta, en el País Vasco, le agita la nostalgia y desempolva anécdotas de carreras, jinetes, apuestas y jornadas inolvidables que pasaron delante de sus ojos.

Hay libros que nos mantienen despiertos toda la noche, personas cuyo roce nos acelera el pulso, músicas que nos ponen a bailar queramos o no, películas que nos producen escalofríos, olores que nos llenan la boca de saliva, noticias que nos hacen llorar. Y hay lugares... hay lugares en los que la emoción y la nostalgia logran que se nos desboque el corazón. Para mí, el hipódromo de Zubieta es uno de esos sitios privilegiados, conmovedores casi hasta lo terrible. Allí me encontré por primera vez con los caballos de carreras, hace medio siglo, y desde entonces quizá nunca he salido del todo de ese recinto mágico, perfumado por la hierba fresca y el vigoroso sudor de los campeones, entre las suaves colinas de mi Guipúzcoa. Entonces el hipódromo era sencillamente "Lasarte", como se llamaba también la revista hípica que nos ofrecía el programa de cada sesión y los comentarios de los expertos sobre las probabilidades de cada uno de los participantes. ¡Ay, esa ciencia ingenua de los entendidos en el turf que analizan hasta el escrúpulo los orígenes y las actuaciones, el estado de la pista, los pesos, las montas y las distancias, en un intento de convertir en predicción exacta lo que luego los azares de la carrera, la gloriosa incertidumbre se encargará de desbaratar! Y menos mal que ocurre así, porque si supiéramos con total precisión cuál va a ser el resultado de cada prueba no tendríamos ningún pretexto para emocionarnos y los premios no se ganarían compitiendo sino introduciendo los datos y dándole al botón de una máquina calculadora. La gracia de este juego, dijo una vez Jean-Francois Revel, es que tiene algo de ajedrez y algo de ruleta: los verdaderos aficionados no quisiéramos prescindir de ninguno de estos ingredientes.

Lo que no impide que todos hayamos soñado alguna vez con recibir ese peligroso regalo que le hicieron al protagonista del cuento de Holloway Horn *Los ganadores de mañana*, que Borges y Bioy Casares incluyen en su *Antología de la literatura fantástica*. Thompson es un jugador profesional al borde de la bancarrota, al que una noche un anciano mendigo de aspecto desastrado le ofrece por una limosna un periódico... el periódico imposible del día siguiente. Allí figuran ya los resultados de las carreras que aún no se han celebrado. Al principio

incrédulo pero luego más y más excitado por la ambición, Thompson apuesta carrera tras carrera y gana siempre, de acuerdo con las indicaciones del profético diario. Cuando vuelve del hipódromo, borracho de dinero fácil y del champán con que ha celebrado sus triunfos, se siente súbitamente mal.

Mientras se desploma con la vista ya casi nublada, repara en una pequeña noticia de sucesos en la última página del papel que le ha hecho rico: allí se informa de la súbita muerte por fallo cardíaco del jugador Thompson, cuando volvía del hipódromo tras una tarde extraordinariamente afortunada... Tal es la fatalidad de los milagros: por eso los antiguos decían que cuando los dioses nos son benévolos ignoran nuestros deseos, pero cuando nos son adversos, los cumplen.

No hacen falta semejantes trucos para disfrutar en Lasarte-Zubieta ni en ningún otro hipódromo decente. Basta con el júbilo de la tarde en el campo, con ver los caballos pasear por el paddock con elástica elegancia de atletas y bailarines cuadrúpedos, mientras los jinetes multicolores -con la fusta bajo el brazo como si fueran magos con su varita mágica- escuchan con paciencia y un poco de ironía las últimas instrucciones de los preparadores y las recomendaciones de los nerviosos propietarios. A mí en Lasarte casi no me hacen falta ya ni las carreras propiamente dichas: me entretengo con los recuerdos de medio siglo de jornadas famosas, de llegadas imposibles cabeza contra cabeza, del alegre griterío en las tribunas de personas que ya no están pero que para mí fueron muy queridas, de tantas Copas de Oro como se han decidido delante mismo de mis ojos.

Fue hace ochenta y cinco años cuando el avispa Georges Marquet (no se si este señor tiene alguna calle con su nombre en Donosti o en Zubieta, pero se la merece mas que otros...) inventó este hipódromo como complemento diurno de las célebres noches del gran casino donostiarra. Hoy su público es generosamente popular y constituye todo un mentís a quienes creen en que el turf es un desfile de pamelas extravagantes y chisteras grises. Lo prefiero así, desde luego, lleno de niños enredadores, mamás pacientes y abuelos con boina muy atentos al cambio que les dan en las taquillas de apuestas. En uno de sus versos broncos pide don Miguel de Unamuno: "Sosiega, corazón, la mano un poco...", pero yo, cuando entro de nuevo en el hipódromo de Zubieta, imploro de otro modo: "¡A galope tendido, corazón!"

Impunidad a la vasca

Los crímenes de ETA no se limitan a asesinatos, heridos y mutilados, advierte el filósofo español, residente en el País Vasco. Por eso no comprende por qué la comunidad internacional no se pronuncia con una condena más severa.

Por qué los crímenes y la permanente amenaza contra la libertad que supone en el País Vasco el terrorismo de ETA no son tan conocidos y repudiados en los países democráticos como otros atropellos del mismo signo? En primer lugar, quizá por el número de sus víctimas mortales: durante treinta años, ETA "sólo" ha liquidado a unas novecientas personas, relativamente poca cosa si se compara esta lista de bajas con las que se han producido en mucho menos tiempo en Colombia, Argelia o Bosnia. En segundo lugar -y esto es mas grave, ya que implica culpable desconocimiento del problema- porque todavía en

muchos países democráticos se considera a ETA, con cierta simpatía o al menos comprensión, como un movimiento antifranquista e incluso se acepta en cierto modo que esos terroristas luchan por reconquistar libertades civiles que faltan en el País Vasco. ¡Como si Franco y el Estado autoritario que dirigió no hubiese desaparecido del mapa político hace ya un cuarto de siglo! ¡Como si en 1978 no se hubiera concedido una amnistía total a todos los implicados en la lucha contra la dictadura, incluso a quienes tenían delitos de sangre! ¡Como si desde hace décadas el País Vasco no contase con un nivel de autonomía política y fiscal dentro del Estado español, con un Parlamento propio en el que están representados todos los partidos -incluidos los independentistas- y en el que han gobernado siempre dirigentes del Partido Nacionalista Vasco, con dos cadenas de televisión y de radio autonómicas, con el euskera como lengua oficial constitucionalmente reconocida y una educación bilingüe en todos los niveles de enseñanza! ¡Como si hoy hubiese aún en cárceles españolas presos políticos vascos -es decir, vascos presos por haber llevado a cabo cualquier actividad política- y no sencillamente implicados en actividades de terrorismo antidemocrático posteriores al final del franquismo!

Pero creo que además bastantes europeos y latinoamericanos ignoran que existen otras muchas víctimas de ETA, aparte de los asesinados, heridos o mutilados por la banda terrorista. En el País Vasco, cientos de personas han tenido que abandonar sus hogares y sus puestos de trabajo por amenazas de ETA: políticos y empresarios en primer lugar, pero también periodistas, escritores, profesores, funcionarios públicos, representantes sindicales, jueces o comerciantes. Su único delito fue discrepar públicamente de las directrices ideológicas del independentismo xenófobo de los violentos, tal como hacen en silencio y sostienen elección tras elección más de la mitad de los votantes en el País Vasco. Numerosas sedes de partidos, entidades bancarias, tiendas, vehículos o domicilios particulares sufren ataques incendiarios cada fin de semana como "castigo" a las ideas de sus propietarios. Las facultades universitarias se llenan de pasquines y pintadas que amenazan de muerte a los profesores cuyas ideas desagradan a los violentos. En algunas casas se reparte propaganda anónima que señala como indeseable -por "español"- a tal o cual inquilino del inmueble, al tiempo que se advierte a los demás vecinos de que tales proscritos son objetivos militares para los terroristas, por lo que su presencia compromete la seguridad del resto de la comunidad, etcétera... Todas estas agresiones gozan de una preocupante impunidad en la inmensa mayoría de los casos, como si la Ertzaintza -la policía autonómica- fuese impotente frente a ellas. Aunque es cierto que en varias ocasiones los representantes sindicales de la Ertzaintza han denunciado que son sus mandos superiores, dependientes del gobierno nacionalista vasco, quienes les ordenan desentenderse en parte ante tales prácticas fascistas.

Pese a que la mayoría de los atentados de ETA se dirigen actualmente contra cargos políticos del Partido Popular (que gobierna España) y del Partido Socialista (en la oposición), así como contra militares y policías, también se hostiga a los intelectuales: el caso más notable es el del escritor Jon Juaristi. Se trata de uno de los poetas y ensayistas más destacados de la España actual, que a causa de sus valientes manifestaciones contra el terrorismo ha tenido que abandonar la Universidad del País Vasco, donde era profesor, porque las autoridades no se atreven a garantizar su seguridad. También se ha visto obligado a salir del País Vasco... por tiempo indefinido. Su vida profesional y familiar se ha convertido en una aventura semiclandestina, respecto a la cual muchos muestran simpatía sin comprometerse y pocos, auténtica solidaridad: para entendernos, el síndrome Salman Rushdie, ¡Hasta cuando esta

vergonzosa "limpieza étnica" a la vasca permanecerá silenciada por quienes se apresuran justificadamente a denunciar otras?

¿Progresará el progresismo?

Mientras los "daños colaterales" de la globalización no hacen sino aumentar, el progresismo no logra proponer ningún programa novedoso -y creíble- destinado a conservar un mínimo de justicia social.

Desde que cayó el Muro de Berlín, hace una docena de años, se han dado avances espectaculares en casi todos los campos imaginables: las ciencias (sobre todo la genética) avanzan "que es una barbaridad" como decía la vieja copla; también ha aumentado arrolladoramente la globalización comunicacional y económica del mundo, con efectos sociales que unos juzgan con entusiasmo y otros consideran desastrosos; no cabe duda de que a partir del famoso 11-9-01 puede constatarse un tremendo avance del terrorismo mundial y como reacción otro no inferior de la pulsión militar decidida a aplastarlo, caiga quien caiga; se acrecienta también la disparidad de recursos entre los países desarrollados y los países empobrecidos, entre quienes pueden pagarse una buena educación y los que la reciben de ínfima categoría o no reciben ninguna; se desarrolla prósperamente el fanatismo religioso, las supersticiones *new age*, la corrupción, la vulgaridad y agresividad de los programas televisivos de mayor rating, el tráfico de inmigrantes ilegales y las políticas de extrema derecha que se proponen resolverlo a la brava, la pedofilia de los clérigos o al menos su revelación pública, el maltrato doméstico de las mujeres, etc...

Lo único que parece refractario a tanto "progreso" es el progresismo mismo, es decir, la política racionalmente solidaria que se propone igualar las oportunidades sociales y paliar con apoyo institucional las diferencias de fortuna entre los privilegiados por el sistema capitalista y los que lo padecen. Los proyectos de bienestar social no atraviesan un buen momento, ni tampoco las propuestas políticas de los partidos considerados tradicionalmente de izquierda. A éstos se les ve especialmente desconcertados, oscilando entre la resignación (intentaremos hacer lo mismo que la derecha pero robando menos y sin dismantelar la seguridad social) o la vieja tentación de la retórica antisistema, que convierte cualquier concentración tumultuosa contra la globalización en una nueva e inconcreta esperanza romántica. Nadie parece atreverse a proponer nada nuevo creíble en el terreno progresista, ni siquiera en los países cuyo desarrollo económico se diría que permite alguna propuesta más imaginativa. En efecto, es difícil hacer auténticos experimentos de reparto innovador allí donde resulta no haber sino miseria, lo cual ocurre, desdichadamente, en gran parte de nuestro mundo actual.

Pero ¿no se podría proponer algo distinto, un intento de actualizar la justicia social, en las naciones que disfrutaban de una indudable abundancia?

Tras el hundimiento de los colectivismos totalitarios del este de Europa, que lograron la injusticia de acabar con la libertad sin potenciar la libertad por el desarrollo de la justicia, los partidos parlamentarios de izquierda parecen haberse quedado huérfanos de proyectos. En ese desierto, el esbozo apenas apuntado de establecer una renta básica de ciudadanía se diría

que es la única idea más o menos viable para ir mas allá del sistema actual de protección social que hemos escuchado en la última década.

La llamada renta básica (conocida como "ingreso mínimo universal de ciudadanía") se plantea como una suma equivalente a un salario mínimo que se garantizaría a todos los ciudadanos de un país por el simple hecho de serlo. No sería un subsidio de desempleo ni un remedio a la menesterosidad, sino una base económica previa a las tareas laborales e independiente de la situación financiera de cada cual. A partir de este ingreso de subsistencia, cada persona podría organizar sus proyectos de trabajo, sus períodos de ocio o de empleo y las actividades no remuneradas que quisiera desempeñar.

Sin duda la renta básica se puede concebir de diferentes formas, radicales o moderadas. Y tampoco puede negarse que plantea retos complejos, porque obligaría a configurar de nuevo el modelo de asistencia social hoy vigente, así como la financiación impositiva necesaria para implementarla. Serviría para repartir el trabajo y aliviar las urgencias de la desocupación, así como para dignificar distintas tareas imprescindibles pero que hoy carecen de salario (pienso en las tantas amas de casa). Sobre todo, convertiría el trabajo remunerado en una empresa optativa y graduable de acuerdo con las ambiciones de cada cual, para que dejase de ser la tradicional maldición bíblica obligada por la subsistencia. Sin duda también la implantación de esta renta básica habría de crear problemas y tendrá contraindicaciones, como cualquier proyecto renovador. Pero es una idea que la izquierda debería comenzar ya a discutir seriamente, tanto en términos de viabilidad como de deseabilidad. Al menos si queremos que el progresismo no sea lo único que ha dejado de progresar en un orden mundial en el que parece que sólo los males tienen verdaderas probabilidades de avanzar.

Ser de izquierdas

El debate crece en Europa: ciertos ideales ya no son patrimonio exclusivo de un signo político. Fernando Savater se pregunta como será la izquierda del siglo XXI.

Frecuentemente, las discusiones sobre qué significa hoy ser de izquierdas tras la caída del muro de Berlín y otros derrumbes concomitantes, recuerdan bastante las que hemos escuchado sin cesar acerca de cómo mantener las creencias religiosas en nuestro tiempo laico y científico. Se ha hablado allí de teología negativa, de lectura simbólica o alegórica de los textos sagrados, del Dios que viene o que se esconde, del retorno a los orígenes del cristianismo o de sus simbiosis con doctrinas orientales, de la rebeldía contra las Iglesias establecidas y jerárquicas, de las comunidades de base populares... Se defiende la necesidad de una teología de la liberación pero jamás se menciona la necesidad de liberarse de la teología. Y al impío siempre le asalta el deseo de preguntar: "¿Y por qué hay que ser de uno u otro modo creyente? ¿Por que no podemos ser sencillamente ateos... como Dios manda?".

Del mismo modo, los debates sobre la izquierda posible o deseable comienzan siempre por la justificada renuncia a muchas cosas que la izquierda ha sido, para mal, el pasado siglo: la dictadura del proletariado, la lucha de clases como guerra civil revolucionaria, la abolición del mercado y de la propiedad privada de los medios de producción, la planificación estatal de objetivos industriales, las nacionalizaciones a ultranza, el partido único, la ideología única

(¿recuerdan aquello tan bonito que decía Simone de Beauvoir?: "La verdad es una, el error múltiple: por tanto no es raro que la derecha sea plural"), etc.... Casi nadie es ya partidario de estas genialidades de resultado histórico atroz. Algunos incluso han olvidado que aún ayer por la tarde profesaban estos dogmas.

Otros afirman que todo eso nunca fue "la verdadera izquierda", de modo que tranquilamente despiden de la izquierda a Lenin, Stalin o Mao (¿con que autoridad?).

Quedan bastantes, sin embargo, que siguen considerando aceptablemente de izquierdas a Fidel Castro, Che Guevara o el régimen hoy vigente en China comunista, aunque se espantarían de ver a gente semejante dirigiendo sus confortables países europeos. Aquí confiamos en mecanismos más suaves de redistribución y bastante tenemos con defender la seguridad social, los impuestos progresivos, la libertad sindical y desde luego los derechos humanos, es decir, casi todo lo que la izquierda consideraba mero "reformismo" o "formalismo democrático" hace poco.

De hecho, muchos partidos de centro o de derecha moderada suscriben también a su modo estos ideales, de modo que es difícil considerarlos como inequívocas señas de identidad sobrevenidas a la izquierda. Por lo tanto seguimos discutiendo, incansablemente: ¿Cómo ha de ser la izquierda? ¿Cuál es la izquierda que queremos hoy, en el siglo XXI? Pero nadie se pregunta: ¿Por qué queremos seguir siendo de izquierdas hoy, en el siglo XXI? ¿Acaso es obligatorio para salvar nuestra alma política o el alma, a secas?

No tengo la respuesta a ninguna de estas inquietudes, lo siento. Sólo se me ocurren consideraciones muy generales, quizá demasiado especulativas, pero que resumo apresuradamente por si tienen algo que ver con la cuestión que nos preocupa. Los seres humanos nacemos involuntariamente sometidos a un orden social y político que nos preexiste, fruto de azares, ambiciones, y reformas acumuladas durante siglos. Podemos sufrirlo pasivamente, tratando de que no nos vaya personalmente demasiado mal en él o podemos plantearnos -intelectual y prácticamente- cómo lograr que el orden involuntario se convierta en voluntario, o sea, qué requisitos deberían reunir las instituciones para que la mayoría de los humanos las aceptasen y no solo las padeciesen.

Por supuesto, dada la finitud de nuestra vida y la parquedad de nuestros conocimientos, cualquier transformación social en esta dirección deberá obligadamente conservar mucho para cambiar algo.

¿Cambios? ¿Quizá plantear la gestión del mundo como algo planetario y no como el pugilato entre tribus hostiles? ¿Poner las necesidades humanas generales como objetivo de la economía, en lugar de la maximización de beneficios? ¿Impedir a escala mundial la guerra, el racismo, la tortura, el hambre, la marginación educativa, el abandono de la infancia a la explotación y la violencia de los adultos? ¿Aspirar a una renta básica de ciudadanía, que suprima la coacción de la miseria y transforme la maldición bíblica del trabajo en opción personal, de acuerdo con el tipo de vida al que uno aspire? No lo sé. Sólo creo saber que hay cosas que merece la pena intentar y otras no. Si intentar cosas que merecen la pena es ser de izquierdas, pues seré de izquierdas. Pero la verdad es que me trae sin cuidado.

Franco en el Caribe

El filósofo español reflexiona en este texto acerca del comportamiento a veces políticamente absurdo de algunos sectores de la izquierda, respecto a su posición frente al régimen de Fidel Castro en Cuba.

Hace pocas semanas asistí a una concentración anticastrista en la Puerta del Sol madrileña, para protestar contra los pseudo-juicios a disidentes que se atrevieron a ejercer su libertad de expresión en Cuba y contra las ejecuciones sumarísimas de tres jóvenes que cometieron el grave delito de intentar huir de la isla carcelaria por el único medio que la dictadura parecía dejar a su alcance. Me asombraron dos cosas en esa manifestación: primero, que pese a no ser demasiado nutrida los organizadores la considerasen todo un triunfo, un auténtico hito en la historia de las movilizaciones de la disidencia anticastrista en España. Segundo, que la izquierda civilizada española sigue por lo visto necesitando excusas y buscando certificados de buena conducta a la hora de manifestarse contra la dictadura de Fidel Castro, miramientos que no tiene cuando se rebela públicamente contra los errores del gobierno democrático de Aznar, como es obvio mil veces preferible al otro. Me he referido antes a la izquierda civilizada para excluir expresamente a Izquierda Unida, que parece haber dejado de serlo y protesta en el País Vasco contra la prohibición de un partido político que apoya la violencia terrorista mientras suscribe en Cuba el partido único que prohíbe a todos los demás. Esta es la mentalidad miserable de los nuevos virreyes... los que tienen ínfulas revolucionarias aunque, eso sí, piden que se ejerzan lo más lejos de casa que sea posible.

En la concentración de la Puerta del Sol hubo exaltados que maltrataron de palabra e incluso de obra a algunas personas de izquierdas asistentes a la protesta. Un comportamiento injusto y políticamente absurdo, favorecedor de que una causa sin duda progresista como es la crítica y la lucha contra la dictadura de Castro siga asimilada a los arrebatos descerebrados de la extrema derecha. Ahora bien, no por lamentar estos abusos deja de ser auténticamente misterioso que hayan tenido que pasar más de cuarenta años para que el progresismo decente español se haya decidido a brindar con más o menos rodeos su sostén a la denuncia del régimen castrista. Fue comprensible allá por los años sesenta que la mentalidad de izquierdas simpatizase con los inicios de la revolución cubana, hasta que resultó inequívoca su deriva hacia el totalitarismo soviético. Incluso bastante después, resultó humanamente justificable que quienes vivían en países latinoamericanos cuyas posibilidades democráticas estaban permanentemente cortocircuitadas por dictaduras militares alentadas desde Estados Unidos, siguieran disfrutando desde lejos el castrismo como una especie de revancha contra sus opresores. ¡Pero todavía hoy, en el siglo XXI, cuando ya nadie salvo los obnubilados o los cómplices ignora no sólo que la dictadura castrista encarcela y asesina, sino que el bloqueo estadounidense es la coartada justificatoria y no la causa del fracaso económico del monocultivo impuesto por decreto...! ¡Cuando ahora resulta insultante para los pueblos americanos que se intente justificar desde Europa la pérdida de libertades en Cuba en nombre de sus logros en educación o sanidad, como si estos no existieran en otras latitudes acompañados de todas las libertades políticas! ¿A qué se debe la perduración de este falso ejemplo, de este mito perverso, en la trastienda más polvorienta pero aún no totalmente cancelada de la imaginación progresista?

Al menos en España, atribuyo el fenómeno a la perduración incluso a regañadientes de la admiración por el General Franco. La verdad es que entre nosotros Franco tuvo siempre más admiradores de lo que suele admitirse. Hasta quienes menos le querían le reconocieron su eficacia, su capacidad de durar en un país endémicamente inestable, su desparpajo para enfrentarse al cerco del mundo democrático cuando los países de la ONU retiraron sus embajadores, su fomento del desarrollo económico y de las obras públicas... Muchos antifranquistas no le reprochaban a Franco que fuese un dictador, sino que fuese un dictador de derechas. Esa buena gente nunca perdió la esperanza de encontrar algún otro padre severo, autoritario, intratable y políticamente unánime que obligase a marcar el paso pero con el pie cambiado: en lugar de desfilar "derecha, derecha...", hacerlo "izquierda, izquierda...¡jar!".

Durante cuatro décadas, Fidel Castro vestido de verde oliva ha sido el fantasma compensatorio del franquismo, el Franco de izquierdas que redimió a algunos de haber soportado tanto tiempo sin rechistar al de derechas. Bien, de acuerdo, que cada cual cargue con sus complejos. ¡Pero basta de hacérselos pagar a los demócratas cubanos!

Evitar el regreso a la nada

Todas las guerras son malas, es cierto, pero también es verdad que algunas frenan males mayores, dice el filósofo español. Sin embargo, el desafío está en encontrar mecanismos eficaces que las eviten.

Decir que todas las guerras son malas no es, bien mirado, ni mucho ni muy sabio decir. Todas las guerras son indudablemente malas como todas las operaciones quirúrgicas son malas, es decir, indeseables en sí mismas. Pero no es lo mismo abrir a un paciente para curarle una peritonitis o implantarle un by-pass que para extraerle un riñón sano y venderlo al mejor postor. Y tampoco resultan malas en el mismo sentido la invasión de Polonia por Hitler y el desembarco de Normandía. Gandhi recomendaba a los judíos alemanes suicidarse antes que empuñar las armas en rebelión contra el nazismo y otro sabio hindú se negó a operarse un tumor en el cuello diciendo: "Dejadle crecer, él también está vivo". Como no soy un sabio quietista, tanto frente a los totalitarios como frente a los tumores me parece prudente adoptar actitudes distintas y más agresivas.

A mi juicio, la segunda guerra del Golfo ha sido mala en el sentido en que lo son todas, pero además también temo que resulte inconveniente para la estabilidad legal y política del mundo actual. Por tanto simpatizo con las numerosas manifestaciones de repudio contra ella que se han producido en España y en el resto del mundo, aunque recuerdo que muchos de los que han participado en ellas se pronunciaban con igual vehemencia contra la primera guerra de hace once años, tras la invasión de Kuwait, que a mí en cambio me pareció dolorosamente inevitable. Entonces creo que hubiese sido peligrosísimo dejar triunfante a Saddam Hussein, estableciendo un precedente nefasto para la legalidad internacional representada por la ONU. Ahora en cambio el precedente peligroso lo establece la guerra misma, al poner los intereses geoestratégicos de Estados Unidos por encima de cualquier otro criterio de orden

supranacional y comprometiendo instituciones mundiales cuya evidente fragilidad necesita refuerzo y no menosprecio.

La sabiduría popular aconseja prevenir los males en lugar de limitarse a lamentarlos, aunque sea con quejas de alcance multitudinario. De modo que la auténtica cuestión ahora, mas allá de nuestra indignación y angustia ante lo ocurrido, es preguntarnos cómo pudiera haberse prevenido ese conflicto armado y sobre todo como podríamos evitar otros similares en el futuro. La triste realidad es que la ONU no logró durante más de una década obligar a Irak a cumplir las resoluciones de desarme que se le impusieron al final de la pasada guerra, de igual modo que ha sido incapaz de obligar a Israel a acatar sus resoluciones respecto a los territorios ocupados, etc... Sin una ONU realmente eficaz, operativa y con suficiente fuerza disuasoria, la paz entre las naciones siempre terminará dependiendo de la voluntad ejecutiva de los militarmente más poderosos, que también suelen ser los más desaprensivos. Aquí esta el núcleo del problema, que constituye el reto político más importante del siglo XXI: conseguir una verdadera organización supraestatal que controle la relación asilvestrada entre los estados, tanto si se trata de Irak como de Estados Unidos.

Lo difícil es saber como se le cuelga el cascabel al gato... sobre todo si ciertos gatos tienen el tamaño y las garras de tigres de Bengala.

Es fácil encontrar defectos a la ONU, el Tribunal Penal Internacional y otras organizaciones del mismo alcance. Incluso el derecho internacional es un conjunto de reglas virtuales más que de normas eficaces. Sin embargo, esos frágiles andamios de la civilización posible han costado mucho esfuerzo y son insustituibles como punto de partida para algo mejor. En cuestión de días, de horas quizá, la tarea de décadas puede ser borrada del mapa por bombas supuestamente inteligentes sin que nada convincente la sustituya salvo la desnuda prepotencia. Santo Tomás dejó escrita una sentencia estremecedora e irrefutable: "Omnis creatura est vertibilis in nihil", todas las criaturas pueden regresar a la nada. Las inseguras y temblorosas criaturas políticas inventadas el siglo pasado tras dos contiendas mundiales y tras la experiencia de horrores totalitarios pueden regresar a la nada si prevalece en el mundo el desatinado sueño imperial que parece haberse apoderado de la actual administración americana. Olvidan Bush y los suyos que sin duda pueden ganar solos todas las guerras, las justas y las injustas, pero que cualquier paz digna de ese nombre sólo puede ser fruto de la concordia de muchos. Hay que elegir entre eso o volver a la nada.

El siglo del perro

Hace exactamente un siglo, sir Arthur Conan Doyle publicó *El perro de Baskerville*, una de las novelas más emblemáticas de la saga de Sherlock Holmes. Para el filósofo español, se trata de la aventura más inolvidable del celebre detective de ficción, que fue llevada al cine y la televisión con suerte dispar.

Hace ahora cien años empezó una persecución doble que aún no ha terminado: la presa es Henry de Baskerville, heredero inocente de una sangre turbulenta; tras él corre un sabueso enorme, de ojos encendidos y fauces que babea fuego, un can infernal; por último, persiguiendo al perseguidor, marcha cauteloso pero firme un caballero con abrigo de tweed y

un gorro peculiar, acompañado de un amigo algo torpe pero muy leal. Estas dos últimas figuras, la del mejor detective del mundo y su cronista auxiliar, han llegado a ser en la modernidad casi tan célebres como la del ingenioso hidalgo y su escudero (en las que, por otra parte, sin duda se inspiran). Y la más inolvidable aventura de Sherlock Holmes es precisamente esta caza que ahora celebra el centenario de su aparición en la imaginación novelesca, la del sabueso de los Baskerville.

Hay personajes literarios que resultan para siempre familiares a quienes leyeron las obras que protagonizan; pero otros tienen tanta fuerza que se convierten en amigos incluso de quienes leen poco o nada. Saltan fuera del libro y se pasean por la calle entre nosotros; proyectan su imagen sobre lo real hasta el punto de que los menos ilustrados y los más románticos acaban convencidos de que son no menos reales que cualquier otro de sus contemporáneos. Ahora además colaboran en esa ilusión de realidad las versiones cinematográficas, la televisión e incluso los videojuegos. Sin duda Sherlock Holmes, el doctor Watson, el perro de Baskerville y los paisajes neblinosos del páramo de Dartmoor, donde acechan las traicioneras arenas movedizas, forman parte ya de nuestro inconsciente colectivo. Sobre todo, del de guionistas y narradores de segunda fila, que han plagiado hasta la saciedad la famosa peripecia. Con sus nombres originales o con otros prestados, a veces con los añadidos innecesarios de truculencias suplementarias, la precisa y preciosa leyenda inventada por Conan Doyle sigue desasosegando a las sucesivas generaciones.

Aunque sin duda el Londres victoriano es ya un territorio de la fantasía que se reparten amigablemente Sherlock Holmes y Jack el Destripador, la más visual -es decir, cinematográfica- de las aventuras de Holmes es la del can infernal, precisamente una de las pocas que no transcurre en la capital inglesa. Y por ello abundan sus versiones para la pantalla grande o pequeña, desde las clásicas interpretadas por Basil Rathbone (estupendas pese a su infidelidad al texto original) hasta las de la serie televisiva (no menos estupenda y además fiel) que protagonizó Jeremy Brett. Yo recuerdo con especial simpatía la película de la Hammer en la que Henry de Baskerville fue Christopher Lee y Peter Cushing dió vida a un impecable Sherlock. El Watson de esta versión era uno de los mejores que recuerdo, Andrew Morrell, que también interpretó al doctor Quatermas en alguna ocasión.

Todas las veces que se ha llevado a la imagen *El perro de Baskerville* el elemento menos convincente del producto ha sido, precisamente, el dichoso sabueso. Conan Doyle postuló en su relato que fuese un chucho gigantesco, "casi del tamaño de un ternero". Pero la experiencia fílmica demuestra que los perros tan grandes como terneros suelen tener un carácter más próximo al de los terneros que al de una fiera. De modo que en esas películas todo suele ir bien, ambientación ominosa, interpretación, etc... hasta que aparece el famoso perro. Entonces uno se pregunta: ¿de modo que a fin de cuentas no era más que esto?

En cambio los lectores con algo de imaginación seguro que no se sienten decepcionados cuando leen el libro original. Si aún no lo conocen corran a buscarlo. Lleva cien años esperándoles y ya no les abandonará...

La nave de los locos

La globalización es un fenómeno irreversible. Según el filósofo español, la pregunta es si va a incluir también la protección de los derechos humanos, la educación, la justicia y la defensa del medio ambiente.

Estoy acostumbrado a que los periodistas me pregunten sobre asuntos acerca de los cuales tengo más dudas que certezas -la filosofía, por ejemplo- o cuestiones que padezco demasiado cerca como para poder resumir mi opinión en pocas palabras, lo que ocurre con el nacionalismo vasco. Pero durante mi última visita a Roma para presentar la traducción italiana de *A caballo entre milenios*, me sorprendió que quienes me entrevistaban se empeñaran en hablarme de pintura. Me interrogaban sobre Berlusconi, cosa ya esperada, y yo salía del aprieto como podía, pero luego indagaban ansiosos mi opinión sobre Giotto. Algo confuso, aunque también halagado por que se supusiera que yo tenía un criterio respetable acerca de tan alto artista, balbuceaba comentarios escolares que eran recibidos con perfecto asombro.

Entonces mencionaban esa palabra aborrecida e inevitable -"globalización"- y el asombrado era yo, porque no acertaba a comprender que tiene que ver Giotto con los procesos mundializadores que nos preocupan. Finalmente el equívoco lingüístico se disipó y caí en la cuenta de que mi supuesto "Giotto" era en realidad G-8, la reunión de los líderes de los siete países más industrializados (con Rusia como añadido) que se celebraría en Génova, asediada por las protestas violentas de manifestantes llegados de todos los puntos del globo.

Y ahí están de nuevo frente a frente -como en Seattle, Quebec, Praga o Gotemburgo- los líderes del poder mundializado y los también mundiales rebeldes contra ese orden capitalista global que aspira a diseñar el futuro para todos los habitantes del planeta. Para evitar la presión de la pequeña minoría violenta, cuyos abusos disfrutan de un eco desproporcionadamente espectacular en los medios de comunicación, Génova se convirtió en una ciudad en estado de sitio y los altos mandatarios celebraron sus sesiones en un barco, convenientemente alejado de la tumultuosa orilla. El escenario tiene algo de pintoresco, grotesco incluso, y es casi inevitable recordar a Fellini: *Y la nave va*. Pero la pregunta inevitable es: ¿a dónde va esa nave? ¿Se trata de un navío que zarpa para descubrir y explotar nuevos continentes como la Santa María del genovés Colón, o se parece más bien al Titanic, alguno de cuyos pasajeros creían ser reyes del mundo pero que acabaron casi todos en el fondo del mar? ¿Estamos otra vez ante la nave de los locos, en la que bailan y celebran banquetes los que se creen seguros poco antes del catastrófico naufragio?

Porque la evidencia impuesta por la cordura es que un mundo injusto y desequilibrado no es sólo un mundo moralmente condenable sino también un mundo radicalmente inseguro. La injusticia exagerada y megalómana es una vía de agua en la línea de flotación, que amenaza con hacer naufragar al barco aparentemente más boyante. Que no haya víveres a bordo para todos ni suficientes lanchas de salvamento es una noticia sumamente inquietante. Así no puede haber verdaderas garantías de futuro, ni siquiera para los pasajeros de primera clase. El gran desafío político del siglo que estamos iniciando es decidir si queremos un orden mundial diseñado como ciertas repúblicas sudamericanas o africanas, en la que una minoría privilegiada vive encerrada y atemorizada en fortalezas blindadas mientras el resto de la población se ve empujada al delito para sobrevivir, o el sistema de ciudadanía para todos y

protección social equilibrada como el que se disfruta en unos cuantos países más armoniosamente desarrollados. Considerando el auge actual de los transportes y de los medios de comunicación, que conectan casi instantáneamente los lugares más remotos de nuestro planeta, la globalización es sin duda un fenómeno ya irreversible. Pero la cuestión problemática ahora es si sólo se globalizarán el capital especulativo, los intereses multinacionales, las tarjetas de crédito y el tráfico de armamento o si también veremos mundializadas la protección de los derechos humanos, la educación, la justicia contra los verdugos etnocidas o la defensa del medio ambiente.

Ni el Dow Jones ni el Nikkei son los únicos índices de verdadera prosperidad que pueden hoy consultarse: creo que esto es lo que tratan de recordarles a los magnates del actual sistema mundial los manifestantes más conscientes y menos folclóricamente destructivos que protestan ante cada una de estas cumbre políticas. ¿Y Giotto? Ah, el papei de Giotto es recordamos a todos que en el fondo lo que de verdad cuenta no es lo meramente globalizable, sino lo intrínseca y humanamente universal.

Acerca de la pena de muerte

En pleno siglo XXI, la pena capital no siempre se dicta de acuerdo a la gravedad del delito cometido sino a los caprichos del sistema judicial de cada país. En este texto, el filósofo español plantea la necesidad de un debate internacional que logre suprimirla y que apunte a una justicia más civilizada.

Nuestro mundo actual está saturado de crímenes y destrucciones violentas de vidas humanas. Probablemente es algo que ha ocurrido en todas las épocas desde que los hombres formaron grandes sociedades urbanas, pero hoy los medios de comunicación nos hacen más conscientes de esos horrores mientras que los nuevos instrumentos bélicos logran que las matanzas sean especialmente devastadoras. Estamos cada vez más acostumbrados a ver en las pantallas de nuestros televisores cómo los seres humanos exterminan con saña o, aún peor, con indiferencia a otros seres humanos. De modo que los tres o cuatro mil ejecutados anualmente en aplicación de sentencias capitales son sólo una gota en ese océano de sangre y desesperanza.

Esos homicidios no ocurren en el fragor de un enfrentamiento bélico, sino tras la calma de una deliberación jurídica; no padecen el anonimato de los muertos en un bombardeo, sino que sus nombres son conocidos y sus historias estudiadas desde mucho antes de padecer su triste suerte; no perecen en situaciones excepcionales, como atentados o guerras, sino en la normalidad del orden jurídico establecido. Cuando conocen su sentencia, la empiezan a padecer semanas, meses y hasta años antes de que llegue la hora fatal. En algunos casos, cometieron previamente fechorías brutales pero es luego la sociedad entera la que se brutaliza a su imagen y semejanza para castigarles. Padecen y perecen ejecutados por verdugos que representan a todos sus conciudadanos. En la sociedad en la que sigue vigente la pena de muerte, todos los habitantes tienen que asumir la responsabilidad del verdugo que mata en su nombre...

La condena a muerte no puede ser considerada hoy un castigo jurídico extremo, pero tan legítimo como cualquier otro. En una concepción civilizada del derecho, los castigos penales deben servir para proteger a la sociedad (disuadiendo a los posibles delincuentes de cometer nuevos crímenes) y regenerar al culpable (dándole ocasión de expiar su delito y cambiar en lo sucesivo de conducta). La pena de muerte cumple dudosamente el primero de estos objetivos, porque en muchos casos radicaliza la violencia de quienes sabiéndose ya jurídicamente "muertos" no dudan en seguir matando para intentar escapar a la justicia; y no cumple en modo alguno el segundo, porque destruye al delincuente negándole toda posibilidad de enmienda y mejora. El derecho penal debe buscar acabar con los delitos y recuperar socialmente a los delincuentes, una vez castigados: la pena capital identifica al criminal con su crimen y destruye a la persona para acabar con su culpa.

Hoy, en pleno siglo XXI, se impone la pena de la muerte no según los delitos sino según los países que los juzgan: en algunas naciones se va al patíbulo por actos o formas de conducta que en otros lugares sólo merecen multas o incluso están autorizados por las costumbres. Costumbres sexuales que en muchos lugares forman parte de la libertad inalienable de la persona son castigadas en otros con el mayor y más irreparable de los castigos. Estafas o delitos económicos que aquí llevan a la cárcel por unos cuantos años, allá pueden llevar al patíbulo. Y se da la suprema paradoja de que los mismos estados que firman su acuerdo a leyes internacionales en las que en ningún caso -ni siquiera en el de genocidio, el más grave de todos- se contempla la pena de muerte, aplican luego ese castigo bárbaro dentro de sus fronteras por delitos a veces menores.

Por ello es imprescindible exigir a los organismos internacionales una moratoria inmediata de todas las ejecuciones capitales en todos los países: para que se abra un período de reflexión colectiva y debate sobre la pena de muerte, sobre cómo, cuándo y a quién se aplica. Y ante todo, sobre si debe o no seguirse considerando lícito en los sistemas jurídicos nacionales una forma de castigo que ya ha sido desterrada de la legislación internacional.

Aceptar la necesidad de la pena de muerte es asumir la muerte misma como algo merecido y humanamente positivo: pero creemos que rebelarse contra los designios de la muerte es el primer deber del hombre y de la sociedad humanista. Hace años, preguntaron al filósofo francés Jean-Pierre Faye qué era para él Europa y repuso: "Europa es donde no hay pena de muerte". ¡Ojala que un día no demasiado lejano podamos decir lo mismo de toda la sociedad humana!

La famosa sabiduría oriental

Durante el último Mundial de Fútbol, el filósofo español se sorprendió al ver las tribunas cargadas de hinchas orientales que alentaban indistintamente a turcos o brasilenos, nigerianos o españoles. Y se pregunta si no sería maravilloso extender ese travestismo patriótico del terreno deportivo al político.

Como no soy aficionado al fútbol e ignoro minuciosamente todo sobre tan noble e imprescindible deporte, no puedo enriquecer con ningún comentario científico lo mucho que los expertos han escrito ya sobre el pasado campeonato mundial. Sólo puedo decir que

he obtenido de él una lección realmente profunda y estimulante de posmodernidad, impartida no por los jugadores de ninguno de los equipos en liza sino por los espectadores. La cosa fue así: un día, casualmente, buscando las noticias de mediodía, caí de pleno en uno de los encuentros de cuartos de final. En ese momento acababan de marcar un gol y la cámara enfocó el bullicio de las gradas, mientras el locutor comentaba: "¡La hinchada brasileña esta exultante!". Miré primero distraído, luego con sobresalto: en efecto el público exultaba de entusiasmo, saltaba y vitoreaba, pero -a pesar de que todos llevaban los colores de los célebres canarinhos- la mayoría de sus integrantes eran evidentemente orientales. Salvo que casualmente las cámaras hubiesen enfocado a la colonia coreana de San Pablo o Rio de Janeiro, trasladada en pleno al remoto estadio para la gran ocasión, aquella hinchada fanática era tan brasileña como yo. Inmediatamente consulté a un amigo muy enterado en cuestiones de balompié, que llevaba semanas madrugando disciplinadamente para no perderse ni un partido, el cual se rió cordialmente de mi ignorancia.

¡Naturalmente que la hinchada brasileña presente en el campo de fútbol estaba compuesta por una mayoría de coreanos convenientemente disfrazados! Y también la alemana, la turca o la española. Como la mayoría de los aficionados nativos no habían podido costearse el largo viaje, voluntarios coreanos los suplían con celo indiscutible, animando a sus colores, celebrando sus triunfos o llorando sus derrotas con entrega no menor que la que pudieran haber mostrado los hinchas auténticos. Oriente, siempre fértil en descubrimientos recreativos (inventaron el papel para pintar paisajes y hacer farolillos, o la pólvora para fuegos artificiales) acababa de patentar las hinchadas virtuales, el travestismo patriótico. ¡Nada de enfrentamientos nacionalistas brutales ni de hooligans agresivos! Se preservó el entusiasmo pero convertido en juego teatral. Cada coreano adoptaba los emblemas de uno de los bandos e interpretaba con perfecta convicción la pasión colectiva correspondiente. Después se iban tranquilamente a sus casas, exhaustos y satisfechos de haber representado los afanes partidistas que les habían divertido sin poseerles, hasta el siguiente encuentro, cuando quizás adoptasen otra bandera y otra identidad. Les imagino cada día vacilando entre diversas camisetas y bufandas, preguntándose si en esa ocasión iban a ser turcos o sería mejor optar por los senegaleses... Quiero pensar que hasta cuando jugaba el equipo coreano había algunos que preferían disfrazarse de contrarios y saborear el delicado placer de berrear contra los "suyos" en lugar de afiliarse rutinariamente a los inevitables "nuestros".

¡Que gran lección! Por fin comprendo que es eso de la famosa "sabiduría oriental" de la que tanto me han hablado. Y me pregunto (como no entiendo de fútbol tengo muchas otras cosas de las que preocuparme) si ese invento coreano posmoderno, convenientemente extendido del terreno deportivo al político, no servirá como solución a los males del nacionalismo asesino y a los escozores puntillosos de las identidades culturales siempre ofendidas por el prójimo. ¿No sería estupendo que todos empezásemos a disfrazarnos con los colores de la nación, la cultura o la raza que no nos corresponde obligatoriamente? Que los cristianos jugásemos a musulmanes y los musulmanes a budistas, que los norteamericanos fuesen de vez en cuando afganos frente a sus compatriotas y que los vascos jugasen de vez en cuando a holandeses o hasta a españoles, puestos a ello. Podríamos todos ser fanáticos alternativos y variables, puesto que por lo visto ser de vez en cuando fanático es inevitable. Y siempre sin sangre, desde luego. Cuando se acaba el partido, uno vuelve a casa, se quita la camiseta sudada, se ducha...y a otra cosa.

El oficio de la libertad

El filósofo español reflexiona en este texto sobre la necesidad de explicarle a nuestros hijos que no está mal lo que uno elija hacer en la intimidad. Lo que está mal, subraya, es dejarles creer que uno puede hacerse rico traicionando confidencias o ventilando públicamente la intimidad ajena.

En un colegio de Vitoria, unos cuantos alumnos de entre trece y quince años acaban de cometer una simpática travesura. Filmaron en video a uno de sus compañeros fornicando con otra colegiala y después exhibieron alegremente la cinta ante el resto de la clase. El protagonista del film porno era cómplice, la chica en cambio no sabía nada de nada. Según algunos, parece que vendieron copias de la emocionante película a un precio bastante razonable, aunque este interesante extremo comercial no ha quedado suficientemente probado. Lo único claro es que se divertieron mucho y que fue su algazara y la del resto de los espectadores la que terminó denunciándoles...

Soy de los que no se asustan por el sexo entre adolescentes (ni entre adultos, ni entre ancianos...) y, con las debidas precauciones higiénicas para evitar contagios o embarazos, estoy dispuesto a reconocer su ocasional delicia poética: después de todo, Romeo tenía quince años y Julieta no más de catorce. Una buena edad para confundir el canto de la alondra con el del ruiseñor en las horas tiernas del alba... Lo primero que se me viene a la cabeza cuando oigo la expresión "corrupción de menores" es un cura amenazando a los niños con el infierno si se tocan por la noche la cosita. O un negrero haciendo trabajar diez horas diarias a críos en edad escolar, pagándoles luego menos de un dólar diario. O un psicópata farsante convenciendo a unos adolescentes de que deben poner bombas a sus convecinos porque son "invasores" llegados del extranjero para arrebatárles sus derechos nacionales. Gozar o hacer gozar no me parece corruptor: intimidar o explotar, desde luego que sí.

Pero es evidente que algo muy serio falla en la educación de esos chavales alaveses. Y ese algo no tiene nada que ver con el sexo, sino con el respeto a la dignidad y la intimidad de los demás. No se portan simplemente como mayores antes de tiempo, sino como los más impresentables y aprovechados de los adultos que les rodean: precisamente esos, ay, a los que ven todos los días en las pantallas de la televisión y los reportajes de las revistas. Los que retozan balbuciendo groserías en ese puticlub en que se ha convertido nuestra versión de Gran Hermano, por ejemplo, los que venden o roban las fotos supuestamente clandestinas de famosos infames cuyo renombre viene precisamente de la frecuencia con que aparecen sus fotografías "comprometidas" en las páginas y programas de cotilleo. Así han aprendido esos novatos que la celebridad es cuestión de rentabilizar la desvergüenza y que uno puede hacerse rico traicionando confidencias o manipulando comercialmente los momentos de mayor abandono en la compañía placentera de otros. De modo que practican lo que parece que todo el mundo busca, lo que todo el mundo ríe, lo que todo el mundo premia... aunque sea con un poquitín de asco.

¿Qué puede hacer la escuela o qué pueden hacer los padres ante este permanente bombardeo no ya de obscenidad sino de menosprecio de la dignidad ajena y subasta de la propia? Desde luego no creo que la solución consista en reinventar otra vez el puritanismo ni en agitar las

llamas del Averno ante los hijos de Internet. Es preciso algo más difícil: hacer regresar con palabras y con ejemplos la ternura desterrada, recuperar la pasión como oficio de la libertad, no del abuso o del comercio. En efecto, en el amor sexual y en la aventura erótica hay mucho de curiosidad por nuestros semejantes: tenemos cuerpos de exploradores y cuando los sentidos se aguzan hacen retroceder las fronteras y se vislumbran nuevos continentes. Pero el verdadero asombro no consiste en buscar otras formas de someter a nuestros cómplices carnales sino en el júbilo placentero de entregarse a lo que nos ofrecen de inesperado, aunque sea mil veces repetido y ya lo cantasen los poetas de antaño. Lo que revela la caricia es que cada cual es un misterio de angustia pero también gozoso, que sólo podemos ir desvelando juntos: mirando por el agujero de la cerradura entre risotadas, en cambio, nunca se aprende nada y terminamos ignorándonos a nosotros mismos. Lo que robamos para la publicidad lo perdemos para nuestro conocimiento.

¿Estamos aún a tiempo de enseñar a los más jóvenes a disfrutar sin remilgos pero con respeto? ¿Podemos prevenirles contra el espectáculo estéril que convierte la violación y el cotilleo en míseros sustitutos del enigma enriquecedor de la intimidad compartida? Y sobre todo: ¿nos interesa de veras conseguirlo?

Atención con los distraídos

El filósofo español está empezando a notar que hoy existe una compulsión por distraerse, a saltar de aquí para allá, a no estar nunca del todo en lo que se está, casi como si esto fuera una virtud moderna.

De pequeño, una de las quejas más recurrentes de mis profesores era que "siempre estaba distraído". En las frecuentes ocasiones en que mis notas escolares descendían de lo poco brillante a lo abiertamente mediocre, mi madre -que era quien gestionaba los asuntos académicos familiares- escuchaba invariablemente esa explicación de los maestros descontentos: "Si no fuese tan distraído... si prestase más atención". Tenían razón en quejarse, claro. Sin prestar atención no se puede aprender nada, pero tampoco se puede disfrutar de un buen libro o de una película, ni gozar con un cuadro o con una melodía, ni siquiera hacer el amor como Satin manda (cuando Gustav Mahler consultó a Freud sobre sus problemas conyugales con Alma, el sabio doctor le dijo que tenía una sexualidad "distraída"). Sin atención no hay conocimiento, ni placer, ni siquiera amor o justicia: los insolidarios, decimos con acierto, viven junto a la desgracia "mirando para otro lado", procurando hacerse los distraídos.

Tal como mis mayores me reprochaban, yo fui un niño muy distraído en las clases. Sin duda esa es en parte la causa del tamaño actual de mi ignorancia. Pero en cambio era un lector atentísimo: cuando tenía en las manos a Conan Doyle o Emilio Salgari me concentraba tanto en ellos que a veces me olvidaba hasta de ir a comer, lo que les aseguro que suele pasarme ya pocas veces. En el cine, veía la película que me gustaba aferrado a la butaca como si estuviese en una montaña rusa, rezando interiormente porque siguiese y siguiese, porque no acabase nunca. Y ya un poco mayor me he quedado a veces contemplando un rostro o una herida con tan dolorosa atención que me ha costado años recuperarme de lo que me emocionaba.

Ni antes ni ahora creo que nadie me haya visto jamás distraído durante una carrera de caballos... En cambio sigo siendo incapaz de atender como es debido en una conferencia (ni siquiera si la estoy dando yo), en una ópera de Wagner o en el discurso electoral de la mayoría de los candidatos a preboste máximo. De modo que soy un distraído selectivo y un atento intermitente: les creeré si me dicen que a todo el mundo le pasa igual. Lo que me pregunto es si la capacidad de atender a lo que más importa va disminuyendo, si hoy lo que prima -lo más cool- es jibarizar la atención y el convertir la compulsión a distraerse, a saltar de aquí para allá, a no estar nunca del todo en lo que se está, ha dejado de ser un vicio clásico para convertirse en una virtud moderna.

El otro día asistí en un cine abarrotado de adolescentes a una de esas películas que me gustan, llena de zombis, sobresaltos rubricados por música estruendosa y una guapa protagonista capaz de pulverizar a cañonazos cualquier criatura infernal que le plantase cara. En mis tiempos (perdonen la tópica y angustiada expresión) la chiquillería hubiese vibrado de intensa atención cada minuto del metraje... y desde luego yo con ella. Pero ahora no: me rodeaban distraídos que jugaban con sus teléfonos móviles, se mandaban unos a otros mensajes durante la proyección y sólo atendían ocasionalmente a la pantalla cuando una explosión importante despedazaba al enemigo ocasional, en el que antes para nada se habían interesado. Me los imaginé en casa ante el televisor, mando en ristre sin cesar haciendo zapping, viendo sucesivos y vertiginosos fragmentos de relato que nunca comprenderían por completo; me los imaginé en clase, incapaces de escuchar diez minutos seguidos al profesor insistente, me los imaginé hojeando un libro a la carrera y pasando a otro, o escuchando un minuto de música con impaciencia porque ya deseaban escuchar otra canción. Me los imaginé viviendo entre retazos las angustias del mundo global, incapaces de fijarse en nada el tiempo suficiente para que les apasione a fondo o les conmueva de veras, sin paciencia para escuchar argumentos y debatirlos, compasivos instantáneos a ratos pero sin tenacidad para enmendar los males que tan pronto deploran como olvidan.

Me distraje imaginando su falta de atención y luego, recordando que soy tan distraído, me sentí culpable.

Los hijos de Quirón

Reales, míticos o imaginarios, los caballos han sido la compañía más fiel del hombre. Sin ellos -dice el filósofo español- no es posible concebir una historia de la humanidad. Ahí estuvieron, siempre, cabalgando sobre nuestras vidas.

Milenios decís? Los tres últimos han pasado para nosotros a uña de caballo. No sólo me refiero a que hayan transcurrido rápidamente -falta el testimonio de alguien tan longevo que pudiera transmitirnos sus impresiones al respecto- sino que la humanidad ha cabalgado sin cesar a través de ellos. Sin caballos, no hay historia humana. Mejor dicho, no hay historias humanas porque aparecen constantemente en todas ellas: los caballos impetratorios de Altamira, los corceles de Diomedes, el Caballo de Troya, Bucéfalo (al que Alejandro domó cegándolo con el sol), aquel equino ascendido -o degradado- a senador por Calígula, el corcel malfamado que montó Atila (donde pisaba no volvía a crecer la hierba), los caballos que

Mahoma reservó para el paraíso de los creyentes y a los que calificó de "hermosos como el mar", los caballos que los conquistadores españoles llevaron a América y a los que dedicó una oda famosa el modernista Santos Chocano, la tristeza metafísica de Rocinante o la mistificación de Clavileño, el caballo que montaba Fabricio del Dongo en Austerlitz, aquella yegua a cuyos encantos fue postergada momentáneamente Anna Karenina por su amante, los caballos mártires de Balaclava y esos otros de la caballería polaca cuando cargó contra los tanques alemanes en el preludio de la Segunda Guerra Mundial, los ganadores a lo largo de doscientos veintinueve años -la cifra domiciliaria de Sherlock Holmes- del Derby de Epsom, el dark horse del *Ulyses* de James Joyce, los caballos de la diligencia de John Ford y de todos los restantes westerns, los minúsculos ponies que divierten a los niños junto a los caballitos del tiovivo, los percherones que tantos surcos han arado y tanto peso arrastraron para que construyésemos nuestro presente de caballos de vapor, de caballos de gasoil, de caballos atómicos y blindados...

El comprometido y memorable proyecto de San Pablo fue "serlo todo para todos". Sin alharaca misionera, los caballos lo han sido realmente todo para los hombres a lo largo de milenios, les han transportado y han trabajado con ellos, han compartido sus batallas sanguinarias y sus desfiles triunfales, han navegado con ellos, han muerto en las plazas de toros, les han servido de alimento, de juego, de compañía y hasta de orgullo en las estatuas sobre las que inmisericordes se cagan las palomas en las plazas de tantas ciudades...

En buena medida, las diversas estirpes y variedades equinas son un invento humano. Un antiguo mito habla de los centauros, cuyo padre es Quirón, que educó nada menos que al propio Hércules. Los centauros, como es bien sabido, fueron caballos con torso y cabeza humana, es decir: mitad naturaleza y mitad inteligencia razonante. Todos los caballos que hemos frecuentado a lo largo de milenios son también a medias humanos, porque han nacido de formas de cría doméstica orientadas a potenciar tal o cual aspecto de sus muchas capacidades, aquellos cuya colaboración resultaba más imprescindible para esos proyectos nuestros que arrogantemente denominamos "civilizados". De modo que cada corcel y cada modesto jaco pueden reclamarse herederos putativos de Quirón.

Pero ¿no puede decirse también lo mismo de nosotros, dueños e inventores de la humanidad? Lo que somos, lo que hemos conseguido ser, no se explica ni resulta imaginable sin la complicidad perperua de los caballos. Inevitablemente somos ya también en parte equinos y no sólo los caballeros... sino incluso las damas que más respingan ante el olor tonificante del estiércol. En la leyenda y en la historia, en la fama y en la ignominia -"¡Mi reino por un caballo!"- dependemos de la montura, el arnés, la fusta y el estribo. Quizás el milenio que inauguramos prescindiera de los equinos: entramos en una época que considera un progreso arrinconar o sustituir a quienes tan útiles nos han sido. Pero tras preguntarnos con displicencia: "¿Qué será de los caballos sin los hombres?", quizá debamos plantearnos otra interrogación más inquietante: "¿Seguiremos siendo hombres, ya sin caballos?"

La dama olvidada

El filósofo español rinde homenaje a Richmal Crompton, una escritora inglesa que no mencionan las enciclopedias pero que influyó decisivamente en su carrera de escritor.

Siempre he envidiado a esos compañeros del mundo de las letras cuya formación intelectual estuvo tutelada -según confesión propia- por el patronazgo de los creadores más elevados y eximios. Cuando los curiosos reverentes (normalmente colaboradores en algún suplemento cultural) les preguntan por las influencias decisivas en su vocación literaria, esos privilegiados sueltan una retahíla impecable de nombres que es imposible escuchar o pronunciar sin poner los ojos en blanco: Holderlin, Tolstoi, Hoffmannsthal, Robert Musil, Proust, Faulkner. Otros, aún más fieros, no se reconocen más que en Aristóteles y Dante. Famoso autor español hay que, aparte de La Celestina, Quevedo y Cervantes, no debe gratitud a nadie. ¡Qué bien quedan tales declaraciones en los suplementos culturales! ¡Qué suerte la de quienes pasaron a todo trapo de la incultura pueril a la alta cultura! En cuanto salieron de los balbuceos primarios cayeron sobre Dostoievski.

Por supuesto, yo procuro imitarlos cuando me toca responder en situaciones similares a los periodistas, para no desentonar (a veces son redactoras jovencitas, muy agradables, porque afortunadamente en cosas de cultura los periódicos siempre utilizan al último incorporado a la plantilla o a los que aún están en prácticas). También yo les aseguro que aprendí a escribir alternando a Píndaro con Thomas Mann y haciendo ocasionales excursiones a Lezama Lima. ¿No sería un desprestigio confesar la verdad: que todo se lo debo a Jack London y a Salgari, que amo a Julio Verne y me atasqué con Proust, que nunca he logrado salir de H. G. Wells y Conan Doyle? Por no hablar de Richmal Crompton. ¿Quién es Richmal Crompton? No aparece mencionada en el copioso volumen dedicado a las literaturas anglosajonas de la Enciclopedia de la Literatura editada por Alianza: la busco y no la encuentro, aunque por los aledaños alfabéticos tropiece con Davy Crockett, el del gorro con rabo de piel de castor, que por lo visto también escribió cosas notables. En la Británica aparecen dos Crompton - Samuel y William- pero ambos inventores, el primero de una lanzadera revolucionaria en la industria del algodón o cosa semejante. Entonces, ¿existió de veras una tal Richmal Crompton? Pues sí, créanme. ¿Quién fue? Mi hada madrina: sopló sobre mi cuna el halito libérrimo de la irreverencia, de lo imprevisto, de la rebeldía con humor y sin crueldad. Me convirtió en proscrito dentro de un orden. Lo siento, pero debo confesar que a Dante y a Goethe les debo mucho menos.

Richmal Crompton fue una de esas institutrices inglesas con las que nos ha familiarizado la literatura. Pero no una estricta gobernanta sino más bien una cómplice entusiasta de sus juveniles pupilos. Cuando su estado de salud la obligó a dedicarse por completo a escribir, compuso una saga ingenuamente maliciosa en elogio de esa edad exploratoria -diez, once, doce años- en que acaba la niñez y comienza la pubertad. En torno a su héroe Guillermo Brown, al que sin duda el *Don Juan* de Carlos Castañeda hubiese considerado un "guerrero impecable", agrupó un coro de sin igual espontaneidad y simpatía: la banda de los proscritos Pelirrojo, Douglas, etcétera, dotados de una incombustible confianza en su líder natural. Y les hizo medirse con el estereotipado y cansino mundo de los adultos así como con los otros niños que traicionaban demasiado pronto su infancia.

Las aventuras de Guillermo fueron popularísimas en su país de origen y se tradujeron a otras lenguas, pero no constituyeron un éxito mundial como lo es hoy, por ejemplo, Harry Potter o llegaron a serlo algunas creaciones de Enid Blyton. Quizá sólo en la España de los cincuenta alcanzaron un prestigio realmente notable. Es un relativo misterio por qué ese paisaje tan inglés de *cottages* con cobertizo y té a las cinco despertó tanto entusiasmo cómplice entre los párvulos lectores bajo el régimen franquista, cuya vida no podía ser más aparentemente distinta. Supongo que nos emparentaba con aquellos proscritos británicos el afán de libertad, de salir de rituales asfixiantes, de vivir a pleno pulmón sin censores ni tuteladas. Muchos años después, al cumplirse el centenario de la escritora, visité una exposición en su honor que se realizó en el delicioso Museo del Juguete de Whitechapel, en la capital inglesa.

Allí estaba el armario milagroso de Guillermo, con sus botellas de agua de regaliz y sus peonzas, con alguno de esos huesos que enterraba y desenterraba el animoso Jumble. También había primeras ediciones en todas las lenguas a las que fueron traducidos los libros y la mayoría en español era abrumadora. Ante esos volúmenes de pastas duras y color rojo editados por Molino, con las ilustraciones de Thomas Henry, me sentí tan emocionado y desvalido como ante la tumba de algún gran libertador, asesinado en plena juventud por los contrarrevolucionarios.

Un juez en su sano juicio

El filósofo español analiza en este texto la figura del juez Baltasar Garzón, el magistrado más polémico y controvertido de su país. Pero también, sostiene, uno de los más valientes defensores de la Justicia.

A finales del siglo XIX, la biografía política de los escritores y artistas franceses más distinguidos se escribió partiendo de su posición en el asunto Dreyfus: Zola (se acaban de cumplir cien años de su muerte) fue el más distinguido de los que lucharon por el capitán calumniado, secundado por el joven Proust o Eric Satie, frente a los reaccionarios antisemitas como Banes o el pintor Degas. No sólo en Francia, también en el resto de Europa el célebre proceso estableció el lugar ideológico de cada cual: Sabino Arana, por ejemplo, arremetió con fiereza en un artículo contra Zola por participar en la conspiración judía que mancillaba el honor del ejército francés... En los últimos veinticinco años de nuestra sobresaltada historia democrática, también en España ha habido bastantes "asuntos" notables que han polarizado antagónicamente a periodistas, profesores y políticos. Pero yo creo que cuando haya de trazarse con el tiempo la trayectoria de cada cual, ninguno de esos casos será tan determinante como la opinión que unos y otros expresaron sobre un personaje tan omnipresente como controvertido: el juez Baltasar Garzón. ¿No es curioso? El papel de fiel de la balanza que en aquel París remoto cumplió un reo, entre nosotros lo viene desempeñando lo quiera o no desde hace mucho un juez...

Que yo sepa Garzón no es judío (aunque seguro que no faltará quien le haya dado vueltas a su apellido), pero se ha ido convirtiendo con el tiempo en algo así como un judío psicológico para sus adversarios. Es decir, alguien cuyas acciones se valoran menos por sí mismas que

por la perversa índole personal que revelan: arrogante, presumida, ávida de poder y notoriedad, oportunista, trapacera, sin escrúpulos a la hora de cumplir sus propósitos... ¡Vamos, el equivalente actual de la infame nariz ganchuda y la avaricia sin misericordia que antes se achacaba a los hijos de Israel! Contra tales descalificaciones suele ser imposible aportar hechos que las desmientan, porque cada uno de ellos será juzgado como revelador de un vicio especial. ¿Que Garzón procesa y condena a ministros y altos cargos por sus vínculos con el GAL? Es para vengarse por no haber obtenido un puesto semejante. ¿Que persigue a la mafia terrorista? Es porque se ha convertido en marioneta del gobierno. ¿Que logra poner en la picota al dictador Pinochet? Será porque busca el premio Nobel y otros galardones internacionales. ¿Que su juzgado trabaja más que ninguno y opera con diligencia mientras los demás seestean? Se debe a que es un chapucero que amaña apresuradamente los documentos procesales sin ton ni son... No hay forma de salvarle: ¡Judío tenía que ser!

Puede que gracias a tantas fechorías Garzón consiga honores y premios: por el momento, lo más claro que ha obtenido es ser una de las personas más amenazadas del mundo, la diana soñada por etarras, narcotraficantes, ultraderechistas, empresarios gangsteriles y vaya usted a saber cuántos desalmados más. Su vida tendrá sin duda muchas compensaciones íntimas pero, vista desde fuera, es cualquier cosa menos cómoda. Algunos de sus buenos amigos y colegas, como el juez italiano Falcone, ya duermen el sueño de los justos tras haber sido liquidados por esos enemigos implacables a pesar de la protección que les acompañaba.

Me extrañaría que Garzón fuese un judío perverso y aún más que resultase ser un santo: de éstos últimos no he tenido la suerte de conocer a ninguno, aunque el difunto padre Llanos llegó a parecérmelo a ratos. Seguramente está lleno de defectos, como yo mismo e incluso usted, amable lector (aunque usted menos, claro). Pero lo que ha hecho a lo largo de estos últimos años es cosa notable y, a mi juicio, admirable. Ha intentado no ser un burócrata de la justicia que aplica mecánicamente las leyes, sino alguien que comprende la razón por la que fueron dictadas e intenta por medio de ellas remediar los desafueros que se escapan al control social gracias a las argucias de la letra pequeña o del temor a los grandes.

Merced a su esfuerzo, hoy duermen menos tranquilos algunos de los que han dedicado su vida a hacer inquieto injustamente el reposo de otros. En eso consiste precisamente la defensa de las libertades públicas y no en proclamas retóricas que acaban garantizando impunidad a los malhechores. Es cierto que no siempre me ha parecido acertado el proceder técnico de Garzón, pero casi nunca he discrepado de su intención legal. De modo que si hay que hacer una lista de los que estuvieron desde el principio a favor de él frente a los que constantemente se han definido en contra, que me inscriban sin vacilar entre los primeros. ¡Viva Garzón!

El rey de la paradoja

Amigo de sus adversarios, absolutamente inglés y católico ferviente. Así define Savater al escritor Gilbert Keith Chesterton, a quien profesa su admiración en este texto.

Una de las obras más curiosas de Pio Baroja se titula *Paradox Rey* y debo confesar que he estado a punto de robarle ese nombre para encabezar esta nota. Porque si el monarca de las

paradojas en la literatura del Siglo XX debiera ser cargo electo, probablemente Gilbert Keith Chesterton conseguiría la mayoría de los sufragios. Y es que no sólo manejó como nadie esa figura retórica, sino que él mismo fue una paradoja viviente, una paradoja de carne y hueso..., aunque con mucha más carne que hueso, desde luego. Tal fue su primer rasgo paradójico: ese espíritu agilísimo, sutil travieso y burlón como el geniecillo Puck, habitaba un cuerpo mastodóntico y de tan ancho perímetro que solía comprar dos billetes en los tranvías para desparramarse a gusto en el asiento con pleno derecho. Más paradojas: fue denodadamente católico y absolutamente inglés, polemista feroz contra los "progresistas" de su tiempo y amigo personal de casi todos ellos (de Bernard Shaw, su más asiduo adversario, llegó a escribir una deliciosa biografía), perpetuo anticonformista y paladín del orden establecido, creyente en los misterios de la religión e imperturbable adalid del sentido común. La verdadera paradoja estriba en que donde yo he puesto "y", él hubiera escrito: "y por tanto".

Buen instrumento destabilizador para el ataque, la paradoja suele resultar menos convincente cuanto se utiliza a favor de una tesis. En esta dificultad debieron pensar quienes retaron a Chesterton, demolidor consumado de teorías ajenas, a exponer de forma clara y positiva las propias. Pero él no se arredró y *Ortodoxia* es su respuesta a tal desafío. Fiel a su estilo, lo primero que el rey de la paradoja establece en este libro es que detesta las paradojas: "No conozco nada más despreciable que una mera paradoja, una mera defensa ingeniosa de lo que no admite defensa". Semejante en eso a Voltaire y al contrario de tanto intelectual idiota que vive de ser chocante, Chesterton nunca bromea por amor al sofisma sino para reclamar atención a lo que considera verdad. Lo que ocurre es que sólo le motivan las verdades que comúnmente se tienen por extraordinarias..., quizá por el prestigio extraordinario de que gozan hoy las mentiras o al menos quienes no creen que haya verdad alguna.

No es necesario compartir sus conclusiones -no por sinceras a veces menos rocambolescas- para disfrutar provechosamente la lectura de este libro. Porque Chesterton no forma parte de esa cuadrilla de maestros penitenciales que pretenden liberarnos de los errores poniéndonos de rodillas a golpe de latigazos dogmáticos, aunque sean dogmas revolucionarios o críticos: casi siempre logra darnos que pensar, sin dejar nunca de hacernos sonreír. Su táctica es recordarnos lo que ya sabemos pero estamos a punto de olvidar, seducidos por alguna "genialidad" de nuevo cuño. Por ejemplo cuando defiende a la democracia frente a quienes consideran que es el gobierno de los expertos y que sólo deben decidir los mejor preparados.

Chesterton nos recuerda que lo esencial para los hombres es lo que poseemos en común, no como lo posee cada cual privadamente: es decir, que resulta más relevantemente poético enamorarse -lo que pasa a casi todo el mundo- que componer poesía, lo que sólo hacen unos cuantos enamorados. Pues bien, el gobierno que rige nuestras tribus se parece más al fenómeno de enamorarse que al de poetizar: "No se parece en nada a tocar el órgano en las iglesias, pintar en vitela, descubrir el Polo Norte (costumbre verdaderamente insidiosa), rizar el rizo o ser astrónomo de la casa real, cosas para las que exigimos una ejecución perfecta; no. Sino que, por el contrario, el gobierno es como escribir las propias cartas de amor o como sonarse uno sus propias narices; cosas todas que conviene que cada cual haga por sí mismo, aun cuando le salgan un poco mal".

Guarda su mayor enemistad para el pesimista, porque su pecado "no consiste en que les enmiende la plana a los hombres y a los dioses, sino en que no ama lo que pretende corregir; en que carece de aquella primaria y sobrenatural lealtad a las cosas". A esa lealtad, que no

oculta los defectos ni los horrores pero los incorpora al amor en lugar de convertirlos en desprecio, le llama Chesterton "patriotismo cósmico" y constituye su fe más inamovible.

¿Y la otra fe, la cristiana? Para él se basa -paradójicamente, claro- en lo que Cristo ocultaba tras sus indignaciones y sus desfallecimientos, cuando predicaba a la multitud y cuando huía a rezar a las montañas o en la soledad agónica de la cruz: intuye que ese secreto era su alegría. También fue ese el secreto de Chesterton, el que regaló a sus lectores sin exigirles que compartiesen sus argumentos ni sus creencias. Sólo puso una condición: "Si hay quien mantenga que la extinción es preferible a la existencia, o la vida opaca preferible a la variedad y la aventura, a ese no le cuento entre los míos, con ése no hablo. Al que escoge la nada, la nada le doy"

La imaginación como libertad

Jack London fue el seudónimo que eligió el escritor estadounidense John Griffith para firmar sus memorables relatos. Este texto de Savater es un homenaje a su obra y a su vida, tan intensa y desgarrada como su literatura.

Algunos escritores estimulan la imaginación de sus lectores por medio de las historias que les cuentan, pero unos pocos logran también ese mismo objetivo con sus propias biografías: Voltaire, Tolstoi, Yukio Mishima... Es un caso nada infrecuente, sobre todo entre escritores norteamericanos, desde Edgar Allan Poe y Herman Melville hasta Dashiell Hammett. Y Jack London, por supuesto.

La vida de John Griffith, que firmó su obra imperecedera -o más modestamente, que durará junto a las más longevas hasta el acabamiento universal- con el seudónimo de Jack London, lo tiene todo para despertar el interés y, si no me equivoco, la simpatía de la mayoría de los aficionados a la literatura. Hijo de un astrólogo y de una adepta al espiritismo, fue un niño miserable, autodidacta esforzado, que vagabundó por oficios tan diversos como cazador de focas en Japón, peón caminero en Canadá y Estados Unidos o buscador de oro en Alaska. Después se hizo periodista y más tarde novelista, llegando a ser autor de algunos de los primeros best sellers de Norteamérica. Políticamente militó siempre en movimientos de izquierda -con los que su individualismo radical no hizo nunca, sin embargo, buenas migas del todo-, por lo que en sus novelas trata de compaginar el afán de aventuras del héroe solitario con la preocupación social del sujeto concernido por la colectividad. Pasó de la miseria a la opulencia, se arruinó varias veces, abusó del alcohol, cometió numerosos viajes y dos conflictivos matrimonios, hasta que finalmente se suicidó a los cuarenta años. No sé que opinarán ustedes -la verdad es que me trae sin cuidado- pero yo le tengo por uno de los personajes más simpáticos de la historia de la literatura.

Las obras más célebres de Jack London son sin duda sus novelas del Gran Norte -*La llamada de la selva* y *Colmillo blanco*-, su ambiguo thriller mariner *El lobo de mar* y su relato semiautobiográfico *Martín Edén*, así como numerosos cuentos magistrales. Pero mis preferencias se decantan por dos narraciones mucho más extrañas, su epopeya prehistórica *Antes de Adán* y, sobre todo, *El vagabundo de las estrellas*, que para mí será siempre *El peregrino de*

las estrellas porque así se llamaba la traducción en la editorial valenciana de antes de la guerra donde la leí por primera vez, siendo adolescente.

Esta novela admirable, a mi juicio única en el sentido más noble de la palabra (que no excluye sino que casi supone las numerosas imperfecciones y hasta deformidades de la auténtica innovación), contiene diversos relatos y numerosas perspectivas: es un cuento fantástico y una despiadada crítica social de los abusos de poder, una novela de aventuras y una meditación y una reivindicación de la libertad y del coraje. Sobre todo, es una privilegiada metáfora del placer emancipador de la lectura, el cual juntamente se encarga de mostrar y demostrar.

Mucho antes de que la expresión "realidad virtual" se hiciera trivialmente común en nuestros días, este libro nos habla del espíritu como acaparador de todas las virtualidades si sabemos potenciarlo de modo conveniente, aún en las circunstancias menos favorables o más atroces. El peregrinaje anímico y la multiplicación vital que el protagonista encarcelado alcanza por medio de la tortura está al alcance de cualquier verdadero lector o incluso de quien sea capaz de imaginar sin cortapisas ni temor. Pocas obras literarias son tan capaces como ésta de hacernos sentir físicamente, casi dolorosamente, el peso de lo que nos encadena y el poderío de lo que nos hace infinitos. Ahora la releo y envidio a los jóvenes que vayan a conocerla por primera vez.

Méritos de un escritor polémico

Para el columnista, en la narración de Vargas Llosa hay una verdad y una transparencia objetiva que derrota los resabios de cualquier ideología.

Me temo que es difícil para los jóvenes lectores de hoy calibrar lo que significó en España hace treinta años el llamado boom de la literatura latinoamericana. Me refiero a lo que significó para nosotros, los veinteañeros de entonces, hartos de los escritores mediocres acomodados a las imposiciones del régimen franquista pero también no menos cansados de un realismo social tan cargado de buenas intenciones como falto de aliento imaginativo.

Sucedió casi de un día para otro: nuestro paisaje literario era grisáceo como los uniformes que entonces llevaba la policía con la que nos enfrentábamos en la universidad y horadado por los cráteres de la guerra civil, en los que se pudría la frustración, pero de pronto se pobló con los fulgores inéditos, fantásticos y carnales de García Márquez, Cortázar, Lezama Lima, Carlos Fuentes, Jose Donoso, Carpentier... y algunos otros de menor mérito pero que venían haciendo surf sobre la gran ola levantada por los más ilustres.

Los entusiastas les leíamos a todos, en la furiosa felicidad del domingo narrativo que se inauguraba, pero cada uno teníamos a nuestros favoritos, cuyo blasón defendíamos a capa y espada.

El noventa por ciento, si no me equivoco (si me equivoco sería el ciento por ciento), coincidíamos sin embargo en el encomio de un nombre: Mario Vargas Llosa.

Puedo testimoniar con plena sinceridad que entre los compañeros de entonces que más estimaba y entre las doctas amantes que a veces se distraían conmigo antes de pasar a cosas más serias no recuerdo a nadie que no apreciase con entusiasmo *La ciudad y los perros* o *Conversaciones en la catedral*.

Corriendo a la librería

La admiración por uno o dos libros acertados de un autor no es rara, pero la fidelidad a toda una obra resulta menos usual.

Mario Vargas Llosa ha sabido ganársela como pocos autores contemporáneos entre muchísimos lectores de todo el mundo. Y ello aunque su caso cuenta con una dificultad añadida: lo notorio de sus posturas poéticas, que han evolucionado profundamente a lo largo de los años. Conozco no pocos adictos al gran novelista que despotrican contra sus elogios a Mrs. Thatcher o algunas otras tomas de partido, pero son los primeros que corren a la librería en cuanto anuncian otro libro firmado por él.

En todo lo que narra Vargas Llosa hay una verdad y una transparencia objetiva que derrotan a los resabios de cualquier ideología: es lo que podríamos llamar el amor artístico a lo humano, la profunda compasión (o simpatía, si preferimos la etimología griega) que comprende el desasosiego de sus semejantes y vibra literariamente con él.

Ese humanismo auténtico, práctico, incluso misionero (porque nos hace cómplices de la humanidad que a través de la lectura se nos descubre) constituye la urdimbre final de la visión del mundo de Vargas Llosa.

Incluso quienes discuten sus conclusiones ideológicas aceptan la suprema honradez de sus premisas narrativas: tal es su fuerza y su grandeza, tal es también el reto -el "mas difícil todavía"- que arrostra con cada uno de sus libros.

Compromiso

Aunque nadie me lo pida y sin pedir permiso, hablare de mi. La palabra que en mi estima define a Mario Vargas Llosa es la de "generosidad".

Es generoso en la opulencia de sus ficciones, dramáticas y sensuales, desesperadas y liberadoras.

Es generoso en su curiosidad que a nada renuncia, que todo lo explora y escudriña, que lo mismo agota una biblioteca para documentar un libro que atraviesa el desierto para conocer Irak sin intermediarios.

Es generoso en su compromiso político, cuando tan fácil es acertar siempre callando o manteniendo una cauta ambigüedad como vemos todos los días en quienes nunca arriesgan ni su comodidad ni su reputación.

Es generoso siempre en su tratar de entender y no intentar desentenderse, en su contagioso afán de hacernos entender.

Tiene la generosidad del talento y su talento es erótico: o sea excitante pero también procreador. Y ante la generosidad nada conviene salvo la desconcertada gratitud: tres décadas después del inicial asombro, que sigue renovándose libro tras libro, sólo puedo decirle la palabra sagrada y que invoca lo sagrado. Gracias.

La pedagogía del susto

Ahora quieren amedrentar a los fumadores con imágenes terribles. ¿Por qué no a los compradores de autos?

El gran Antón Chejov escribió un monólogo conmovedor y despiadado cuyo título es *Sobre el daño que hace el tabaco*. Yo lo representé una vez en el Teatro María Guerrero de Madrid con unos muy inapropiados dieciséis años y el pelo (entonces abundante, ay) blanqueado con polvo de tiza. Luego el tiempo me ha maquillado mejor... En esa pieza breve, Chejov presenta a un conferenciante desastrado que inicia ante el público una charla sobre los perjuicios que provoca fumar; pero su homilía deriva pronto a una confesión lamentable de marido maltratado y burócrata mediocre. A fin de cuentas, resulta que el daño causado por el tabaco es insignificante al lado del cáncer que constituyen la rutina del desamor y el achatamiento de una vida sin ideales.

Nuestras autoridades sanitarias también son propensas al monólogo, pero no literario sino autista e intimidador. En su larga cruzada contra el tabaco, en la que lo han intentado todo menos renunciar a la fabricación del producto maldito que proporciona a Tabacalera tan excelentes beneficios y engorda las áreas del Estado con los impuestos que gravan el vicio, se disponen a dar un nuevo paso en la pedagogía del susto. No contentos con estampar en las cajetillas rotundas admoniciones sobre los graves daños que el tabaco inflige a la salud (sin especificar, claro está, si tales perturbaciones ocurren por fumar un cigarrillo o cien) ahora van a adornarlas con fotografías de pulmones corroídos y de pacientes terminales que tosen contritos su agonía como diciendo al osado fumador: "¡Ya ves lo que te espera!". Me parece una idea estupenda, un verdadero hallazgo. A mi juicio constituye un acierto educativo y disuasorio tan eficaz que es una lástima limitarlo solamente a los efectos nocivos de la nicotina. Nada, nada, a esa genialidad hay que sacarle más partido. Seamos audaces.

Ideas brillantes

Lo primero que se nos ocurre a cualquiera, en esta línea pedagógica recién inaugurada, es decorar las botellas de Rioja o Burdeos con hermosas radiografías de hígados cirróticos o por lo menos con instantáneas de usuarios (ilustres, si es posible) vomitando en la acera o abrazados a una farola.

Por supuesto tampoco hace falta demasiada imaginación para recomendar que los concesionarios de marcas automovilísticas acompañen la imagen de sus nuevos modelos con otras de chatarra retorcida estrellada en cualquier autopista o de familias carbonizadas en entrañable unión al equivocarse en un cambio de rasante. Pero estas derivaciones del

principio genial recién inaugurado son tan obvias que apenas merecen mayor comentario. No seamos modestos y vayamos mucho más allá...

Por ejemplo, resultaría muy ilustrativo ver en las etiquetas de ciertas prendas de vestir o en las de algunas marcas de calzado deportivo fotografías de los niños desnutridos del Tercer Mundo que trabajan veinte horas diarias para el lucro de las multinacionales propietarias.

En las gasolineras quedarían de lo más propio como decorado grandes imágenes de bombardeos y ciudades demolidas en las guerras provocadas por el control del petróleo, de las que no faltan ejemplos recientes.

Voto cantado

Pero lo más impactante de todo resultaría convertir las papeletas de voto destinadas a elecciones municipales o generales en retratos de los políticos corruptos, sobornadores o sobornados, tráfugas por interés, estafadores de caudales públicos, etc... que fueron elegidos en pasadas ediciones de esos mismos comicios.

En las iglesias, desde luego, habría que sustituir las consabidas estampitas de vírgenes y mártires por la ficha policial de los curas pedófilos y de los complacientes obispos que han amparado en cada diócesis durante años la corrupción de menores. No hace falta que aparezcan todos los implicados, claro está, con una pequeña muestra basta: el buen educador quiere asustar pero no aburrir...

Estas sólo son unas cuantas sugerencias, nacidas del entusiasmo del momento pero que en modo alguno agotan las posibilidades de esa innovadora iniciativa.

Seguramente a los lectores se les ocurrirán otras, referidas al periodismo, al ejército, a la magistratura o a las empresas alimentarias, vaya usted a saber... Por mi parte sólo puedo decir que las espero con impaciencia.

Otros caballos de mar

Veloces e imponentes, aparecen cada verano en una pista de arena a la vera del agua, en la playa de Sanlúcar.

¿Caballitos de mar?

Pues claro, todos sabemos lo que son esos hipocampos: peces, se quiera o no. Pececillos lofobranquios y singnátidos, según me informa con escueto rigor aquel Manual Sopena que me regalaron mis padres a los nueve años y sigue siendo hoy primera instancia enciclopédica de mi versátil ignorancia. Semejantes a piezas de ajedrez vivientes, pero también a diminutos dragones con su cola enrollada. Inquietantes y algo perturbados, como todo lo que se parece demasiado a lo que no tendría por qué parecerse.

Ah, pero... ¿no es a esos caballos marinos a los que ustedes se refieren? ¿Quieren que hablemos de otros caballos para nada metafóricos, mamíferos y equinos, cuadrúpedos

veloces que pesan cientos de kilos, incluidos los poco más o menos cincuenta del piloto multicolor que llevan encaramado sobre el ancho lomo? ¿Corceles que corren chapoteando y salpicando espuma por el filo mismo de arena donde muere la ola? ¿Hijos de Neptuno escapados a su imperio pero que no se resignan a abandonarlo del todo, y quieren que el mar los vea competir y aplauda al vencedor con rumor de rompientes? Pues entonces...

Entonces tenemos que ir a la playa de Sanlúcar. Nada menos que desde 1845 tiene lugar allí cada verano un ritual que une el deporte con la fiesta, la competición y la ocasión social, la emoción de la apuesta y la del coqueteo. El de Sanlúcar es el único hipódromo del mundo cuyo calendario no lo establecen las convenciones de los hombres, sino las leyes misteriosas y exactas del mar. Hay que consultar la tabla de mareas para determinar cuáles serán los dos fines de semana más convenientes para la celebración de las carreras. En esos días, la playa se ensancha al máximo y brota de las aguas una estupenda pista hecha de arena húmeda y pareja, que los cuidados de la Sociedad de Carreras de Sanlúcar se encargara de limpiar de cualquier inoportuno pedrusco o tronco arrastrado por las aguas que pueda representar un peligro para los contendientes.

En esa franja de arena, pisando la frontera entre tierra y mar, corren los caballos. Por cierto que desde antiguo se sabe que el agua marina es un tónico excelente para los tendones lastimados de los corceles, el punto más frágil del caballo de carreras. De modo que el arenal marino sanluqueño no sólo no es dañino ni peligroso para los caballos, sino que incluso puede resultarles beneficioso.

Los caballos compiten, recortándose sobre las aguas tranquilas que poco a poco el sol del atardecer va enrojeciendo hasta su puesta espectacular, que suele coincidir con el desenlace de la última prueba. Al fondo, Doñana, donde quizás algunos jabalíes ya se han aficionado al deporte de los reyes y cruzan entre sí apuestas sobre las competiciones de la otra orilla.

También los niños y las niñas montan sus mínimos negocios de juego a lo largo del camino por el que discurre la carrera y cada uno traza en la arena la señal que le servirá de meta improvisada para determinar pérdidas y ganancias. No hay en el mundo brokers menos perversos ni más entusiastas a pesar de lo modesto de sus inversiones.

En la playa de Sanlúcar todo tiene una perspectiva diferente, más amable y estética, donde predomina la ilusión y la gracia sobre el mero afán de lucro.

Pero cuando las carreras concluyen, la fiesta continúa. En los llamados *palcos* aparece la inevitable y deseada manzanilla, fresca, suave y tónica como el espíritu de la noche que comienza. Y las tapas, y el pescado frito, y las risas y las miradas que prometen cosas o fingen con una caída de párpados no saber lo que se les pide. Los caballos vuelven a su reposo, el mar oscuro resopla y gime como una fiera que sueña cacerías mientras duerme.

Mientras, los corazones que hace poco se emocionaron en la lid ahora buscan otras emociones y apuestan en competiciones distintas, para cuyas victorias y derrotas nunca hay árbitro seguro.

La enfermedad del mundo

En esta nota, Savater escribe sobre una ONG promovida por Médicos del Mundo que se dedicará a investigar y preparar medicinas para las enfermedades más frecuentes en los países más pobres del planeta. También, critica la escasa difusión que tuvo en el Primer Mundo esta humanitaria iniciativa.

¿Cuáles son las enfermedades que más víctimas causan actualmente en el planeta? Lo lógico sería poder identificarlas acudiendo a las empresas farmacéuticas y consultando sencillamente la lista de las dolencias a cuya cura o prevención los investigadores dedican mayores esfuerzos y más medios económicos. Pero tal procedimiento de aparente sentido común resulta en este caso decididamente engañoso. Si lo aplicamos, llegaremos a la conclusión de que nada amenaza tanto la vida humana como la calvicie, las arrugas en la piel, la impotencia masculina o el estreñimiento. También sin duda el sida o el cáncer, enfermedades que se dan en todos los continentes, pero en cambio nada llegaremos a saber de la malaria o la enfermedad del sueño, presentes sólo en las áreas menos afortunadas. Nuestro mundo supuestamente civilizado se rige por los mismos principios que los vuelos intercontinentales de las grandes compañías aéreas: si falta el caviar o el Dom Perignon en primera clase es un problema serio, pero si escasea la leche para el biberón de los niños en clase turista se trata sólo de una ligera incomodidad...

Alentada por Médicos del Mundo (que ha conseguido el apoyo de algunas industrias farmacéuticas importantes, como el Instituto Pasteur) se ha promovido al fin una ONG dedicada a investigar y preparar medicinas adecuadas para las enfermedades más frecuentes en los países desfavorecidos del planeta, plagas de las que en muchas ocasiones los que viajamos en primera clase en la Tierra ni siquiera hemos oído hablar, pero que causan la mayor parte de las muertes o las invalideces en el conjunto de la humanidad. Esta ONG intentará buscar remedio a las enfermedades no rentables, es decir a las que afectan a pobres y que por tanto, por eficaces que sean los específicos hallados, nunca llegarán a convertirse en negocio para sus descubridores. A ese tipo de fármacos han dedicado su trabajo gente admirable como Elkin Patarroyo y algunos otros sabios de corazón realmente humano, pero que aún son una ínfima minoría en el conjunto de los investigadores. La recién creada ONG buscará medicamentos genéricos, aptos para tratamientos lo más breves posibles y que tengan el mínimo de efectos secundarios. Por desgracia, sus posibles destinatarios padecen ya otro tipo de "dolencias" específicamente sociales, como la desnutrición o la falta de condiciones higiénicas adecuadas, por lo que suelen tener especialmente disminuidas sus capacidades de resistencia no sólo ante los microbios sino también ante lo que los mata...

Los medios de comunicación de nuestros orgullosos e hiperocupados países desarrollados han dispensado una atención solamente discreta a la noticia de la creación de esta ONG profundamente humanitaria. Digamos que una atención tan distraída -si me consienten el oxímoron- como la que suele prestarse a las enfermedades mismas del llamado "tercer mundo" que tratan de remediarse y cuyas bajas apenas reciben publicidad más que en las páginas y espacios dedicados al "exotismo" por nuestros canales informativos. Esperemos que a pesar de ello puedan conseguir el apoyo económico privado de cuantos ciudadanos del

mundo no quieran convertirse en cómplices de sufrimientos clínicos perfectamente remediables si se hace el debido esfuerzo en laboratorios e industrias.

Porque debemos decir que es rotundamente falsa la división acostumbrada y presentada como irremediable entre primer, segundo o tercer mundo en la humanidad que compartimos, a comienzos del siglo XXI, como si estuviésemos todos embarcados en un vuelo de lujo. Es sencillamente indecente, no sólo injusto sino repugnante sin rodeos, que hoy mueran millones de semejantes aquejados por dolencias que podrían perfectamente paliarse con sólo que se dedicase a la búsqueda de sus remedios la cuarta parte del tiempo y del dinero que se emplea en curar a los viejos ricos de algunos achaques menores o a las presumidas aristócratas de sus patas de gallo. De vez en cuando, algunos próceres se escandalizan del "atraso" y el "salvajismo" en el que vive gran parte de la humanidad en Africa o América latina. Serían más creíbles sus reivindicaciones de la modernidad progresista si no tuviesen abandonadas a esas mismas personas a plagas muy antiguas que ellos tienen ya felizmente resueltas. El beneficio económico no puede ser el único y último criterio en la investigación médica. Porque también la ciencia, cuando no responde más que al afán de maximizar beneficios, se convierte pura y simplemente en una forma refinada pero no menos implacable de barbarie.

El susto de los niños

Amenazas espectrales, acechanzas en la noche, escalofríos... Los miedos infantiles nos entrenan para enfrentar el peor de los terrores adultos: la realidad.

Cuando alguien tiembla al oír el ladrido feroz de un perro o al ver la silueta amenazadora de un perchero en la penumbra del dormitorio le decimos: "No seas niño". Uno de los datos definitorios de la infancia es el miedo espontáneo e incontrolable: constituye su tortura específica pero también, quizá, su secreta delicia. Y hasta es probable que nuestra nostalgia de aquellos primeros años oficialmente inocentes se alimente del recuerdo apenas confesable de ciertos escalofríos...

Es niño por excelencia el que no sabe lo que va a pasar, el que no está familiarizado aún con las rutinas de la realidad (lo posible y lo probable), el que admite sin escándalo -pero no sin sobresalto- que ocurra cualquier cosa. El niño tiembla ante lo desconocido, de espanto cuando imagina terrores inconcretos pero también de gozo porque todo es aún prodigioso y nuevo. Por eso entra en el mundo como en un cuarto oscuro, suponiéndolo enorme y pavoroso.

Después, poco a poco, se van encendiendo las luces hasta que puede ver que la habitación es razonablemente pequeña, vulgar y bastante sucia. A esa revelación tendrá que resignarse a llamarla madurez. Quizá más tarde, si tiene suerte y los años le van empujando hacia la lucidez, acabará por descubrir que la tiniebla no se ha disipado, que le acecha cada vez más cerca y que el pavor infantil acertó en su diagnóstico.

Jugar con el miedo

Este miedo sobrevenido contradice la madurez obligatoria del adulto y le socava sin hacerle disfrutar: las personas mayores ya no sabemos jugar con nuestro miedo, como hicimos de niños. Por eso añoramos los escalofríos de la inocencia al sentir los del conocimiento...

Los niños juegan al escondite con el pánico con la misma seriedad jubilosa con que corretean por el parque. Les encandilan los cuentos espeluznantes y la casa embrujada de la feria porque forman parte de su entrenamiento para sobrevivir en el universo amenazador. Antes de saber qué va a pasar tenemos que aprender a soportar el miedo de no saber lo que va a pasar: y la mejor preparación para sobrellevar sin achantarse el monstruo posible es imaginar que ya ha llegado y corre tras de nosotros con zarpas afiladas.

Las brujas y los ogros de antaño, las malévolas criaturas que nunca faltan en las películas de Walt Disney, los vampiros, los licántropos y zombies, el tierno Frankenstein y el achicharrado Freddy Kruger, las fauces del tiburón blanco y los tentáculos del pulpo gigante, la criatura que gruñe chirría en el fondo del ropero cuya puerta mamá dejó entreabierto descuidadamente al salir del dormitorio apagando la luz... son sencillamente ensayos.

Pesadillas reales

Gracias al desafío de esas pesadillas grotescamente explícitas el pequeño recluta adquiere ánimo para afrontar las otras, las que aún no distingue y ya teme, las que llegarán mañana envueltas en las pompas menos románticas de horarios de oficina, consultas en el hospital o bombardeos supuestamente inteligentes. La niñez puede permitirse ese duro adiestramiento porque es impresionable pero se mantiene invulnerable todavía ante la peor de las amenazas: la desesperanza.

Los adultos sentimos añoranza de aquellos terrores iniciáticos mientras nos vemos acosados por otros menos controlables y mucho menos deliciosos. Y muchas veces los grandes prebostes que rigen nuestros destinos se encargan de añorarnos con fantasmas imaginarios - en los que, por fidelidad al pasado, quisiéramos creer- para que no miremos cara a cara los auténticos males que trastornan nuestra convivencia: la ambición, el hambre, la injusticia y la prepotencia.

Pretenden que seamos como pequeñuelos que aún no saben lo que pasa ni lo que puede pasar y buscan en el regazo de los papas tenantes refugio contra espectros y dragones.

Ah, no, no lo consintamos: por fidelidad al niño que un día cerró los ojos con escalofrío para aprender mejor a mirar lo insoportable, debemos abrir bien los nuestros y plantar cara a las monstruosidades que quieren vendernos como efectos colaterales de la civilización necesaria pero nunca necesariamente impía. Aprendamos a coser los desgarrones del presente con la aguja de plata del sastrecillo valiente...

El filósofo y escritor español Fernando Savater es autor de títulos como *Ética para Amador*, y *Apología del sofista*.

Edición digital Revista literaria Katharsis
[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Depósito Legal: MA-1071/06

Copyright © 2008 Revista Literaria Katharsis 2008